

HORROR Y FICCIÓN EN LA LITERATURA DE VIAJES. UN CASO EJEMPLAR: «VIAJE A CHINA», DE ENRIQUE GASPAR Y RIMBAU

Rachid Lamarti
Tamkang University

Pasado el Éufrates,
empezaba para nosotros la región de los riesgos y los espejismos,
las arenas devorantes, las rutas que no terminan en ninguna parte.

Memorias de Adriano
Margarite Yourcenar

La literatura de viajes occidental, *sensu stricto*, descende de las Periégesis, las ecúmenes y los periplos de la Antigüedad, se inicia con los relatos de los primeros viajeros que ambicionaron despejar nuevas u otras equis en los mapas: Heródoto de Halicarnaso (siglo V a. e. v.), Hecateo de Abdera (siglo IV a. e. v.), Posidonio (siglo I a. e. v.), Diodoro de Sículo (siglo I a. e. v.), Estrabón (siglo I), Pausanias (siglo II), etcétera (Gozalbes Cravioto). Estos precursores dejaron testimonios de sus viajes: descripciones, geografías, crónicas de las expediciones que emprendieron por su cuenta y riesgo o en las que sirvieron de polímatas.

El temor a los cartagineses disuadió a Heródoto de atravesar el Mediterráneo, cruzar el estrecho de Gibraltar y explorar *in situ* el litoral atlántico. A falta de alas de mayor envergadura, el de Halicarnaso prestó oídos, se las ingenió con fuentes heteróclitas y salió de excursión de vez en cuando para escribir su *Geografía*, cuya latitud abarca

desde Sudán hasta el centro de Europa, y cuya longitud va de Iberia a la India. Hecateo de Abdera remontó el Nilo hasta Tebas, se enroló en la campaña a Siria que acaudilló Ptolomeo I Sóter, y con las notas recabadas compuso la *Egipciaca* y *De los Hiperbóreos*. Después de agotar Grecia, Posidonio viajó por la península itálica, Sicilia, Dalmacia, Liguria, la Galia; conoció a los druidas, a quienes juzgó filósofos, y observó de cerca a los celtas, cuyas costumbres lo horrorizaron. Navegó por el Mediterráneo y el Adriático, desembarcó en varios puertos del norte de África y arribó a Hispania; en Gades extrajo matemáticas de las mareas y asentó teorías sobre los ciclos lunares, los solsticios y los equinoccios. Diodoro de Sículo basó su *Bibliotheca Historica* parte en Hecateo de Abdera y Posidonio, parte en sus propios viajes por Asia y Europa. Desde Cerdeña viajó Estrabón hasta Armenia, se mojó los pies en el mar Negro, se adentró en Etiopía y asesoró a Elio Galo a lo largo del Nilo. Pausanias escribió una periégesis: *Descripción de Grecia*, y sus viajes lo condujeron por Italia, Dalmacia y Macedonia. No contento con ello se aventuró por Asia y África en busca de más equis que despejar (Gómez Espelosín).

Pocas obras de estos próceres han sobrevivido o se conservan, y de otras muchas apenas perviven fragmentos. Tales partes subsistentes bastan, no obstante, para apreciar su proclividad a la *mitopoiesis*, así como su adhesión al *delectare et prodesse* y a la comparación, antes incluso de que Horacio (siglo I a. e. v.) y Epicteto (siglo I) teorizaran sobre ello¹. Entonces y aún hoy, la literatura de viajes alterna ciencia con fábula, interpola novelarías y practica la ficción especulativa. Cumple así con la máxima de agradar educando, "el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar a la vez" (Cervantes 47), a la vez que satisface una necesidad antropológica básica: dar sentido a la realidad. Arte e imaginación suplen lo que falta, allanan lo

1 La literatura de viajes clásica se cimienta sobre estos firmes: el ameno didacticismo horaciano y el parangón con lo familiar preconizado por Epicteto. Familiar, excusa decir, no equivale a verdadero, y así el rinoceronte devino en unicornio, los dinosaurios fósiles en osamentas de dragones: "Marco Polo sabía que lo que imaginan los hombres no es menos real que lo que llaman la realidad". (Borges 2011: 51).

que hay y completan (a como dé lugar) el significado del mundo y de las cosas (Urbanski²).

El viajero quiere explicarse lo que ve. Lo hace, comúnmente, desde sus propios parámetros y escalas. De ahí las constantes comparaciones en los libros de viaje con la realidad origen: templos taoístas cuyas bóvedas recuerdan el cimborrio de tal o cual catedral, gigantes de cartón con aspecto de telamones atlantes, té adulterado como "los vinos de Lebrija, las Cabezas, Valencia y Cataluña, que tomamos por Jerez y Burdeos" (Gaspar y Rimbau 345), indios que "crían gallinas a la manera de nuestra España, y patos" (Cabeza de Vaca 111), islitas que evocan "las maravillas del pequeño Lilliput" (Gaspar y Rimbau 358). Por *ars comparationis*, la realidad meta se asimila a la realidad origen para que el lector (i) la visualice y (ii) se haga idea de ella³.

Hasta el siglo XVII la literatura de viajes usó como brújula los relatos de los viajeros de la Antigüedad. También la cartografía alegórica medieval⁴ se fiaba de ellos. Marco Polo, Colón, Hernán Cortés,

2 Al viajar se fabulan situaciones y acontecimientos dables, aunque no se den. Cuando (o donde) la realidad incumple la expectativa o defrauda o deja con la duda, interviene la imaginación. Los lugares exóticos, *per se*, excitan la fantasía, y al contemplar una selva, vadear un río o callejear por los arrabales de alguna ciudad remota, el viajero injerta con imaginación lo faltante, quizá recuperándolo del acervo popular, o de una lectura, o del relato de otro viajero que lo vio o lo imaginó antes que él. La imaginación repescaría así el pez imaginativo o imaginario pescado con las redes de otra imaginación: un tigre de Bengala que abreva a orillas del río, el terrífico aullido de un gul (غول) en la oscuridad, hormigas ciclópeas.

3 Movimiento contradictorio: alejamiento (hacia la realidad meta) y aproximación (a la realidad origen). La literatura de viajes, desde la Antigüedad, ha tratado de medir lo ajeno paralelándolo con lo propio. La realidad meta bulle de formas inenarrables (e inimaginables) si no es por comparación. Asimismo, el relato de viajes, suele soslayar las novedades extremas para no ofuscar al lector: "hay muchas otras novedades que no pongo por escrito, pues nadie les daría crédito de no haberlas visto con sus propios ojos" (Odorico de Pordenone; cit. en García Espada 58).

4 Mapas o representaciones simbólicas de la realidad, de carácter finito y cerrado. A partir del siglo XII, gracias a la introducción del compás en Europa, los portulanos geográficos fueron reemplazándolos (García Espada 17). A diferencia de los mapas alegóricos, los portulanos permitían la expansión, la modificación y la corrección de accidentes y fronteras. De esa manera, desaparecían los monstruos o la rúbrica *hic sunt dracones* de los márgenes a medida que se iban despejando incógnitas geográficas, se incorporaban nuevas áreas descubiertas, se añadían topónimos y se redefinían los contornos.

Pigafetta y otros trataron de cohonestar lo que veían o creían estar viendo con lo referido por Plinio el Viejo (siglo I) en su *Naturalis historia*, así como con los mitos de la tradición grecolatina y judeo-cristiana occidental⁵: Alejandro Magno, el Preste Juan, la entrada al infierno por el Etna, la torre de Babel, la zalea de oro de Crisómalos, las rosas eternas de Rodas, las tribus de los cinocéfalos, los esciápodos, las amazonas, etcétera.

Los viajeros ilustrados, por el contrario, más que contemporizar sus relatos con el *Systema naturæ* de Linneo, quisieron verificarlo. La Ilustración se asocia con las ciencias y el racionalismo; la literatura de viajes ilustrada, con la objetividad. Los mejores o más aventajados epígonos de los viajeros de la Antigüedad, precisamente, fueron Linneo, Humboldt, Darwin y los naturalistas de los siglos XVIII y XIX.

Carlos Linneo (1707-1778), apodado Plinio del Norte, exploró las islas de Suecia recolectando plantas medicinales y estudió las tundras, los musgos, los líquenes y los renos del norte de Europa. No pasó a la posteridad por eso, sin embargo, ni por sus formidables dotes como jinete, sino por inventar la taxonomía natural y el sistema de nomenclatura binominal. Un episodio curioso de su biografía tuvo lugar en Hamburgo. El alcalde de esa ciudad alemana exhibía un fósil de la hidra de Lerna falsificado con piel de serpiente y una mandíbula de comadreja. Linneo destapó el fraude y denunció al alcalde arañero.

Georg Foster (1754-1794) acompañó a James Cook en la segunda de sus tres expediciones alrededor del mundo. El *HMS Resolution* salió de Plymouth en 1772 y durante tres años navegó por el Atlántico sur, el océano Índico, los mares antárticos, bojó por el cabo de Hornos y costó las islas de Pascua, de Nueva Zelanda y de la Polinesia. Con sus anotaciones expedicionarias, escribió *Viaje alrededor del mundo* (1777).

Domingo Badía y Leblich (1767-1818) desembarcó en Tánger bajo la identidad ficticia de Alí Bey Abd Allah, heredero de un sultán sirio y descendiente a la sazón de los califas abasíes, alcurnia que le granjeó el apelativo de Alí Bey al-Abbasi. Por disfraz, se circuncidó,

5 Cada tradición, huelga decir, tiene los suyos: los viajeros musulmanes traen a colación al pájaro Rujj (رُجْج) y la Isla Imantada; los viajeros chinos, Penglai (蓬萊) o Kunlun (崑崙).

pero su conversión al islam no fue espuria. Atraído por el sufismo y al igual que otros viajeros ilustrados europeos, descubrió en el islam una religión más avanzada y racional que el cristianismo, aunque no por ello manca de defectos: "Los musulmanes tenemos grandes dificultades que vencer cuando queremos formar colecciones entomológicas" (Bey 165). Polímata y políglota, espía al mejor postor y científico autodidacta, lo nombraron *alim min alim* 'más sabio que los sabios' después de pronosticar el eclipse solar del 10 de febrero de 1804. Abominó de las supersticiones y consagró parte o algunos de sus viajes a la ciencia: mediciones atmosféricas, experimentos sobre el peso de la atmósfera, estudios barométricos. Vivió como los exploradores cuyos libros de viaje leía con fruición y tuvo una muerte de novela: envenenado en Siria mientras espiaba para Luis XVIII de Francia. Fue el primer europeo en describir los rituales del *hajj* (حَجّ 'peregrinación') a la Meca.

Alexander von Humboldt (1769-1859) viajó por Europa, América y Asia Central, batió Rusia y los Urales en busca de yacimientos de oro y platino, descifró la piedra solar de los aztecas, investigó las ruinas de los incas, escaló el volcán Pichincha y se adentró en la Amazonia. A caballo entre el científico ilustrado y el nómada romántico, Humboldt armonizó la observación rigurosa con una contemplación exaltada y exultante del mundo. Fruto de ello son sus diarios, cartas, libros de viaje y dos obras magnas: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* (1807) y *Cosmos* (1858).

Charles Darwin (1809-1882) zarpó de Plymouth en 1831 y no regresó a Inglaterra hasta 1836. De ese mismo puerto habían zarpado los barcos corsarios de Francis Drake dos siglos antes. *El viaje del Beagle* (1839), base de *El origen de las especies* (1859)⁶, itinera por Cabo Verde, Brasil, Argentina, Chile, Perú, Tahití, Nueva Zelanda y otros muchos lugares con topónimos dignos de la mejor literatura de viajes: Tierra del Fuego, Patagonia, Islas Galápagos.

6 Este libro, uno de los más influyentes de la historia de la ciencia, se basa en los apuntes zoológicos, botánicos y geológicos recopilados en un diario mitad cuaderno de bitácora, mitad libro de viaje.

1. VIAJES, VIAJEROS Y LITERATURA DE VIAJES

La literatura de viajes es universal. Ibn Yubair (ابن جبیر) es equiparable a Jordano Catalán, Zheng He (鄭和) a Magallanes, Sima Qian⁷ a Heródoto. Ahora bien, dos viajeros de la Edad Media, con China y las rutas de la seda y de las especias de fondo y tanta *terra incognita* todavía, destacan sobre todos los demás, un adalid del islam y un abanderado de la cristiandad: Ibn Battuta (ابن بطوطة) y Marco Polo.

1.1. EL ORIGEN DE LAS ESPECIAS

Muchas especias son oriundas de Asia: canela, jengibre, pimienta, ajenuz, cardamomo, etcétera; otras, del Mediterráneo, como los pétalos de sal negra, el anís o el comino. Tras el Descubrimiento, empezaron a importarse (achiote, ají, etcétera) también de América.

Semillas, frutos, flores, cortezas, hierbas y raíces extraídas de plantas, arbustos y árboles tropicales, las especias siempre han irrisado y distinguido los mercados. Además de potenciar el sabor y los aromas, con ellas se remediaba la falta de tecnologías de refrigeración en las regiones tórridas del planeta. El clavo aromático, el orégano o la pimienta han preservado los alimentos de la corrupción durante milenios y enmascarado el sabor ogro y el hedor de las viandas podridas. Por si fuera poco, aparte de su poder saborizante y conservador, boticarios y perfumistas se las rifaban para elaborar elixires, perfumes y medicamentos.

La especiería se vincula con Oriente: con China e India, el archipiélago de las Molucas y lugares con nombres tan exóticos como Ceilán, Java o Goa. En el siglo II a. e. v. los árabes las habían introducido en el levante europeo; un siglo más tarde los fenicios las distribuían por todo el Mediterráneo. Los griegos pronto se aficionaron a ellas y los romanos también en eso los imitaron.

⁷ Sima Qian (司馬遷, siglo I a. e. v.), escriba de la corte de los Han y considerado el mayor historiador de la Antigua China, viajó por todo el país recabando información con el fin de completar la monumental obra historiográfica *Shiji* (史記), empezada por su padre, el historiador Sima Tan (司馬談). Como Heródoto o Estrabón, también los historiadores chinos practicaron la invención histórica.

Durante la Edad Media, el declive europeo no afectó demasiado a su comercio. Entre los siglos XII y XV, especias como el azafrán o la nuez moscada se cotizaban a la par del oro, por encima de la plata.

Siempre había sido costosa, pero el precio subió como la espuma cuando los médicos de Londres empezaron a afirmar que la nuez moscada era el único remedio contra la peste, aquella pestilencia pestífera que empezaba con un estornudo y terminaba con la muerte. De la noche a la mañana, el pequeño y arrugado fruto seco, hasta entonces utilizado para tratar la flatulencia y el resfriado común, se convirtió en un bien tan buscado como el oro (Hakluyt 13).

Pese al colapso posterior a la caída del Imperio romano occidental, el comercio con Asia no decayó (del todo) en Europa y las codiciadas especias siguieron desestibándose a diario en el principal puerto europeo para la especiería: Venecia.

Andrés de Urdaneta, avezadísimo marino que había expedicionado con Miguel López de Legazpi y antes con Juan Sebastián Elcano, descubrió la ruta a través del Pacífico entre Manila y Nueva España por la que desde 1565 hasta 1815 navegó la flota del Galeón de Manila con las bodegas llenas de seda, raso, tafetán, terciopelo, porcelana, laca, marfil y las valiosas especias de las Molucas.

1.2. MARCO POLO

En 1271 Marco Polo zarpó de Venecia rumbo a Asia. Ello no tiene, ciertamente, nada de extraordinario: fue uno más de los muchos mercaderes europeos que viajaban a Oriente. Día tras día salían del puerto veneciano decenas de barcos hacia las rutas de la seda y de las especias. Ese tráfago explica que uno de los libros de mayor circulación en Europa a mediados del siglo XIV fuese la *Practica della mercatura*, una guía mercantil de Asia escrita por el comerciante italiano Francesco Balducci Pegolotti (García Espada 23). Lo extraordinario de Marco Polo es la duración de su viaje: un cuarto de siglo.

Marco Polo regresó a Venecia en 1295 y casi todo lo que se conoce de él proviene del libro que lo afama: *Le divisament dou monde*,

dictado a Rustichello de Pisa en 1298 o 1299, durante la reclusión de ambos en una cárcel de Génova. A pesar de su nombradía, Marco Polo es una incógnita o una sombra. Ni siquiera puede afirmarse con rotundidad que fuese veneciano (Wood). Sus aventuras en Catay (China septentrional) y Mangi (China austral) carecen de autenticación. Marco Polo no figura en ningún registro histórico chino o mongol, no menciona el té ni la escritura china, ni se deduce de su narración que conociera (ni siquiera de oídas) la Gran Muralla (Larner). A lo largo de su relato, prefiere (él o Rustichello) los topónimos persas a los mongoles, llama Mangi al sur de China, por ejemplo, en vez de Nangias⁸. Por tales omisiones e incongruencias, autores como Wood o Larner dudan de que Marco Polo traspusiera el Asia central.

Los anales chinos eran tan meticulosos que la ausencia de Marco Polo ha levantado hasta hoy no pocas sospechas⁹. Los escépticos aducen, además, que el manuscrito original no se conserva, mas ello no reviste excepcionalidad, dado que los originales de todas las descripciones del Oriente y de las Indias se han perdido (García Espada). Por otro lado, los errores de Marco Polo (o de Rustichello) cabe atribuirlos a imperativos de plantilla. El esquema de los libros de viaje medievales sigue un mismo patrón: itinerario clásico, tópicos (Islas de los Bienaventurados, *loci amoeni*), mitología grecolatina y bíblica (la localización de las armigeras amazonas, los ríos del Paraíso: Tigris, Éufrates, Phison y Gyon).

Quienes niegan la veracidad de *Le divisament dou monde* argumentan que Marco Polo no dice lo que se espera que diga, sin tener en cuenta que hoy atrae la atención lo que antes no lo hacía, ni tampoco que la sensibilidad del público varía con el tiempo. Si bien historiadores y antropólogos de los siglos posteriores querrían datos de carácter científico, Marco Polo y Rustichello optaron por lo que les convenía: la brevedad y acomodarse al gusto de su época¹⁰.

8 El persa era entonces lengua franca, por lo que muchos mapas difundían la toponimia en ese idioma.

9 Juan de Marignolli y el jarifo caballo blanco con el que su embajada agasajó al Gran Kan en 1338, por el contrario, constan en tales anales.

10 Público y lectores apetecían cuentos más que mediciones y coordenadas, preferían fantasías y enigmas antes que taxones, orografías, acimuts y cálculos

Volvió Marco Polo de China con miríficas mercancías y los regalos con los que el Gran Kan lo había premiado tras su último servicio en la corte mongola, cuando los piratas griegos y sarracenos de Trebisonda abordaron su barco y lo despojaron. Aunque Wood y Larner malician de nuevo, los mares infestados de piratas, así como tales calamidades, no eran en absoluto inverosímiles (ni infrecuentes) en aquella época.

Sea como fuere, no corresponde a este capítulo sopesar (mucho menos enjuiciar) la autenticidad de los viajes de Marco Polo. Veraz o mixtificador, bastará con recordar lo consabido: Marco Polo es la antonomasia del viajero occidental. Quienes lo sucedieron en el arte o la labor de viajar y relatar el viaje, lo citan, lo emulan, ponderan la magnitud de su epopeya, reconocen su ascendencia o incluso, en un alarde, se comparan con él y se invisten con su grado, es decir, con el máximo grado del viajero: "me hallo en pleno Celeste Imperio y he hecho la mitad de la vuelta al mundo" (Gaspar y Rimbau 235). En *Viaje a China*, Enrique Gaspar halla su estatua cerca de la pagoda de los Quinientos Ídolos de Cantón:

Hay allí (y por cierto que es circunstancia singular) una reproducción del gran viajero del siglo XIII, del veneciano Marco Polo, con una chaqueta de trajinero de la Mancha y un hongo pavelo, que pedir más fuera gollería (365).

Marco Polo se disputa con Ibn Battuta el título de campeón de los viajeros. Epónimos uno del carnero argalí de las montañas del Pamir y el otro de un astroblema lunar, merecen ambos tal dignidad, mas siendo indivisible todo trofeo de campeón, se arbitra aquí a favor del tangerino, pues la distancia que recorrió triplica la cubierta por Marco Polo.

Ya he cumplido, gracias a Dios, mi deseo en este mundo, que era recorrer la tierra. Y en esto he conseguido —según creo— lo que nadie ha hecho hasta ahora (Ibn Battuta 281).

matemáticos. Uno de los libros de viaje de más éxito y mayor circulación en la Edad Media fue el apócrifo y constelado de invenciones *Libro de las maravillas del mundo* o *Viajes de Juan de Mandevilla* (siglo XIV).

1.3. IBN BATTUTA

El cenit del imperio chino paraleló con el del islam. Las dinastías Tang y Song fueron coetáneas de los omeyas y los abasíes, y durante los siglos VIII y IX se intensificó la comunicación entre Bagdad y Chang'an (actual Xi'an). El conspicuo califa Harún al-Rachid envió una embajada a China en el año 798 con un triple propósito: islamizador, diplomático y comercial.

El islam y la islamización, desde el Machreq hasta el Magreb, motivaron viajes hacia los cuatro puntos cardinales. A partir de la Hégira, proliferaron los libros de viajeros musulmanes inspirados por la media luna o por mundanerías como las ciencias o el comercio. Numerosos relatos se incubaron a lo largo de la Ruta de la Seda, en India, China y los archipiélagos infinitos del Extremo Oriente. Ibn Battuta (siglo XIV) describió por primera vez las islas Maldivas: "están [las islas] tan cerca que, cuando sales de una, ya ves aparecer las copas de las primeras palmeras de la otra" (Ibn Battuta 531), y una de las primeras menciones a la Gran Muralla China aparece en el *Libro de las rutas y los reinos* (كتاب المسالك والممالك), de Ibn Khurdadbih (ابن خردادبه)¹¹. Otro viajero musulmán que recorrió China en el siglo X fue el bagdadí al-Masudi (المسعودي), autor de la enciclopedia histórica y geográfica *Las praderas de oro y las minas de gemas* (مروج الذهب و معادن الجواهر), de mucho predicamento en la Edad Media¹².

Compelido por Abun Inan Faris, sultán meriní de Marruecos, Ibn Battuta dictó al poeta andalusí Ibn Juzayy al-Kalbi (ابن جزي الكلبى) la

11 Geógrafo persa del siglo IV. A la fortificación china la llama Muralla de Gog y Magog, en árabe Yajuj (يأجوج) y Majuj (مأجوج). Según el Corán, tal muro defiende contra las hordas de Gog y Magog, espíritus sombríos o tribus bárbaras del Asia nororiental. Los libros de viaje medievales de viajeros musulmanes suelen parafrasear este mito coránico, así como otros de las tradiciones árabe y musulmana: el pájaro Rujj, la Isla Imantada, ifrits, el pez Bahamut (بهموت), los cinocéfalos de las islas del océano Índico. En la cosmografía del siglo XIII de Zakariya al-Qazwini (زكرياء القزويني), *Maravillas de las cosas creadas y curiosidades de las cosas existentes* (عجائب المخلوقات و غرائب الموجودات), se representa a Gog y Magog con la apariencia de un gigante monstruoso.

12 China maravillaba tanto a los árabes que el objeto más maravilloso de su imaginario estaba allí oculto: "Al fin de las ciudades de China se conservaba en una gruta un tesoro fabuloso. Y lo más maravilloso era que en dicho tesoro había una lámpara prodigiosa." (*Las mil y una noches* 122).

más famosa *rihla* (رحلة 'travesía' o 'itinerario')¹³ de la literatura de viajes: *Regalo de curiosos sobre peregrinas cosas de ciudades y viajes maravillosos* (تحفة النظر في غرائب الأمصار وعجائب الأسفار). Ibn Battuta había salido de Tánger hacia la Meca en 1325. No regresó hasta tres décadas después. Así como Ibn Yubair en el siglo XI no había podido contener la emoción ante las pirámides de Egipto, el entusiasmo lo embargó también a él en el interior de la Kaaba. Viajó luego por Irak, Persia, Yemen, Etiopía, Tanzania, Somalia, Omán, Crimea, Sudán, cruzó los mares Rojo, Negro y Caspio, y se solazó año y medio en Maldivas. Tras sobrevivir a un naufragio y a los piratas de las costas bengalíes, arribó a China vía Vietnam como embajador del sultán de Delhi, Muhammad Ibn Tughluq¹⁴. Allí permaneció hasta el ocaso de la dinastía Yuan.

Treinta años de viaje dan para *adjaib* (عجائب 'maravillas') y horrores sin cuento. La seda y las porcelanas chinas a precio irrisorio lo maravillaron, al igual que las mujeres indias de Hinawr, quienes "saben de memoria el Excelso Corán" (677). Por el contrario, no toleraba el *haram* (حرام 'prohibido [por el islam]') y ponía el grito en el cielo cada vez que lo testimoniaba: "Las jóvenes esclavas entran en el baño con los hombres y el que quiere enviciarse lo hace allí mismo, sin que nadie se lo reproche" (404).

Censura a los chinos por su afición a la carne de cerdo, aunque también los encarece como "los más hábiles de todas las naciones para las artes"¹⁵ (730). En Rusia lo horrorizó el frío y no tuvo más remedio que realizar sus abluciones con agua caliente. Execra el ensordecedor

13 Género literario iniciado con *El regalo de los espíritus* (تحفة الألباب ونخبة الإعجاب) del andalusí Abu Hamid al-Garnati (أبو حامد الغرناطي) (siglo XII). Originarias de al-Ándalus y el Magreb, las *rihlat* (رحلات 'travesías') refieren un viaje de fe, mercantil o científico a Oriente: (i) *hajj* a la Meca o (ii) viaje a las mecas del comercio y la sabiduría de entonces, Damasco, Bagdad y El Cairo. Después de su primer *hajj*, por ejemplo, Ibn Battuta aprendió jurisprudencia de los cadíes y alfaquíes cairotas y damascenos. Como todo libro de viaje, también las *rihlat* combinan veras con *adjaib*.

14 Ibn Battuta fue cadí de Delhi y favorito durante algún tiempo de Ibn Tughluq, sultán que simultaneaba la piedad y el sadismo con maestría: "A su puerta nunca falta un pobre que se enriquece o un vivo que muere" (Ibn Battuta 397).

15 En los libros de viaje no rara vez se denuesta algo o a alguien que en otro párrafo se pondera y aplaude. Tanto es así que lo maravilloso puede de pronto acabar horrorizando (o viceversa) si dura su visión o al columbrar el fondo viscoso (o dichoso) del asunto.

tañido de las campanas de Bizancio y reprueba que para entrar en la basílica de Santa Sofía exijan arrodillarse ante la cruz que "pretenden que es lo que queda del madero donde fue crucificado el hombre que se parecía a Jesús¹⁶" (321). En Bagdad anatemiza a los chiíes y en Malí lo horripilan los ritos caníbales de los indígenas. Paseando por las calles de Bujará y Samarcanda, deplora el deterioro de las mezquitas, madrasas y zocos. La imponente Alejandría lo maravilla, pero al contemplar de cerca la ruina del faro, asolado por terremotos en 1303 y 1323, se le encoge el corazón.

Los viajes que dictaron Ibn Battuta y Marco Polo, más el del magrebí, no obstante, por el volumen de su obra y la dimensión de su odisea, estriban entre la biografía, las memorias y la novela de aventuras. Ambos zarparon, como tantos otros viajeros, con la cabeza a pájaros, y así, naturalmente, las costas de la fantasía no tardan en divisarse.

1.4. TOPÓNIMOS Y TENTATIVAS DE LUGAR

Para el abastecimiento de especias, seda, gemas y aceites aromáticos, otrora se viajaba a lugares cuyos topónimos siguen emitiendo "exotismo sonoro" (Corbella 350). Los lugares reales e imaginarios de muchos libros de viaje evocan el jaspe, la calcedonia, el algodón, el ébano, el lináloe y el alcanfor transportados en barcos y cáfilas, de caravasar en caravasar, de puerto a puerto, y enfebrecen la imaginación de los lectores, así como la de los propios viajeros, quienes allí buscan (o juran haber hallado) parajes, comarcas o reinos míticos como Saba o Elelín. La literatura de viajes es un atlas, asaz alucinante con frecuencia.

Japón hubo de resultarle a Jonathan Swift tan exótico como Balnibarbi y Lilliput, puesto que lo incluyó en el itinerario del tercer viaje de Gulliver. Persuadidos de la existencia de un estrecho que comunicaba Catay con Cipango, Cristóbal Colón y otros exploradores persiguieron con denuesto una vía entre el océano Pacífico y el mar

16 El Corán niega que a Jesús lo crucificaran. Para el islam, el crucificado, por razones no esclarecidas, fue otro hombre, un reemplazante, y no Jesús de Nazaret.

Caribe. Ese pretenso canal acabó recibiendo el irónico nombre de Estrecho Dudoso¹⁷.

Los caníbales acechan en Madagascar y en Mombasa danzan de noche las máscaras alrededor del fuego. Patagonia oscila entre el trueno y un zumbido, Cipango más parece nombre de pirata legendario, la fuente de la eterna juventud gorgotea en Bimini. Rondan por el monte Kurama demonios narigudos, ansias de mundo y de aventurarse infunden Ceilán y su adánico Sivanolipatha Malai. En el corazón de Zanzíbar un gorila se tunde el pecho, las quimeras se aparean en Etiopía bajo las primeras lluvias del año y ni siquiera el fragoroso galope de los centauros a las afueras de Éfeso perturba el sueño de los siete durmientes. Samarcanda produce seda y espejismos. Maldivas libera cadencias bruja s o afrodisíacas. Malabar y Sumatra, de tan reconocibles, alejan la mirada o la pierden por laberínticos jardines de coral. En Ormuz, caminos de baldosas amarillas *et in Arcadia ego*, mientras Malaca convoca arrecifes, sirenas, un naufragio. Trapananda rima con parranda y con las barandas que en Jauja se reparten los tucanes y los loros. Arabia se la disputan el siroco, el simún y el jamsin. Es fácil confundir Chi ttagong con un nigromante o con el hábitat del goofang, pez asombroso "del tamaño exacto del pez rueda, pero mucho más grande" (Borges 2007: 26). No lejos de allí, en Sumarthan, se eleva una torre cuya única y redondísima ventana transpira una misteriosa luz verde, como si Rachid ad-Din Sinan o un par de magos lunáticos llevasen a cabo en su interior bravas hechicerías.

Levantados sobre cimientos cosmogónicos, legendarios y folclóricos, algunos de esos lugares solo se abren o revelan a gentes portentosas como Ibn Battuta, Francisco de Orellana o Lemuel Gulliver. Los clásicos de la literatura de viajes abundan en enclaves mágicos, extraídos de la Biblia, el Corán y las mitologías: Terra Gigantium, Gomorra, la Atlántida, Kunlun, el jardín de las Hespérides, el monte Qaf (قاف). Hasta que en el siglo XVIII razón y ciencia ridiculizan (con éxito relativo) la fe en los mitos, los libros de viaje mezclan las maravillas

17 Los estrechos marítimos siempre han avivado la imaginación de los viajeros y de quienes escuchaban o leían historias de viajes. En el estrecho de Mesina, Ulises oyó el canto de las sirenas.

naturales con las mismas maravillas sobrenaturales, imaginarias o fabulosas de las novelas de aventuras.

La lejanía, los márgenes y los extremos geográficos mitifican: *hic sunt dracones*¹⁸. A ello y a acatar la autoridad (*magister dixit*: Plinio, el Antiguo Testamento, la Sunna, etcétera) obedece en parte la larga pervivencia de los mitos en la literatura de viajes. A partir del siglo XVI, empero, las utopías pierden fuelle y se ponen en tela de juicio, se polemiza y ya no basta la tradición para creer en algo o dar fe de ello. Después de encabezar una expedición en busca de las Siete Ciudades, el franciscano Marcos de Niza había informado a Antonio de Mendoza, virrey a la sazón de la Nueva España, de que al sur de Sinaloa se alzaba una ciudad mayor que Tenochtitlán, cuyos indígenas comían en vajillas de oro y se adornaban con zafiros, esmeraldas, rubíes y perlas inmensas. Enviado Francisco Vázquez de Coronado y Luján al lugar, la historia quedó reducida a cuento. Ni podía desde allí contemplarse el mar ni había "ninguna ciudad tan bella como dos Sevilleas juntas, ni grandes catedrales tocadas con hermosas cúpulas doradas y puertas de turquesa; sólo unas pequeñas casuchas hechas con barro, pobladas por unos indios con cara de pocos amigos" (Peña y Martínez-Pinna 83).

Los rumores sobre las grandes riquezas de Sudamérica comenzaron en Reino de Tierra Firme. La tropa comandada por Vasco Núñez de Balboa se topó con la tribu de Comagre en algún punto del istmo de Panamá. Tras el intercambio protocolario de regalos, el indio Panquiaco, primogénito de Comagre, se burló de los españoles porque reñían por la repartición de lo que él juzgaba buhonerías: "si tanta gana de oro tenéis, que desasoguéis y aun matéis los que lo tienen, yo os mostraré una tierra donde os hartéis de ello" (López de Gómara 89). Con esas palabras, Panquiaco maravilló a los españoles y plantó la semilla del mito de El Dorado. A partir de entonces, se sucedieron

18 Seres de bestiario poblaban esos cantiles: hipogrifos, mantícoras, cíclopes, demonios, endriagos y un sinfín de criaturas teratológicas, muchas de las cuales, además, como Cerbero o el dragón Ladón, guardián policéfalo de las Hespérides, custodiaban objetos mágicos, tesoros incommensurables o la entrada a lugares vedados.

sin tregua las expediciones en pos de El Dorado, Cíbola, Quivira¹⁹, Paititi²⁰ o Elelín²¹.

1.5. *HOMO VIATOR*

Las vistas eran simplemente majestuosas,
más allá de cualquier experiencia visual que haya tenido.

Neil Armstrong

El ser humano es la especie terrícola con mayor inclinación a migrar y al nomadismo. Se puso en marcha enseguida: el viaje le es consustancial. Ha andado caminos, los ha abierto, ensanchado o acortado, desplazando límites o superándolos por tierra, mar y aire, se ha asomado al espacio exterior.

La curiosidad y el afán de conocimiento llevan a indagar (en los) límites, acicatean el progreso y refractan la noción de frontera última. Alcanzados los extremos orientales y del Mediterráneo, Occidente descubrió en 1492 contradas más occidentales, tanto que daban la vuelta hasta orientarse. En el siglo xx la tecnología por fin concedió uno de los deseos más antiguos de la humanidad: pisar la Luna.

Desde las primeras rapsodias y epopeyas, la literatura sale de viaje. Como agua freática, el viaje subyace a la *Odisea*, a la *Eneida*, a *La divina comedia*, a *El lenguaje de los pájaros* (منطق الطير), a *Viaje al Oeste* (西游記), a *Don Quijote de la Mancha*, a *Los detectives salvajes*. Ulises zarpa de Troya rumbo a Ítaca y Eneas corre a toda costa hasta Italia, Dante sube y baja por un laberinto de tres pistas al son de Virgilio, una bandada de pájaros sobrevuela siete valles al encuentro del rey

19 A Quivira y Cíbola, pretendidas en el norte de México, se las conjeturaba como dos de las Siete Ciudades que siete obispos habían fundado en dispares lugares del mundo tras la conquista musulmana de la península ibérica.

20 Paititi, legendario reino incaico o preincaico, brujuleado al sur de la Amazonia, en la región fronteriza que hoy ocupan Bolivia, Brasil y Perú. Aún hoy lo buscan.

21 Elelín ha conocido varios nombres: Ciudad de los Césares, Ciudad Encantada de la Patagonia, Ciudad Errante, Trapananda, Lin Lin. La rastrearon por Suramérica, sobre todo a lo largo del valle cordillerano de la Patagonia entre Chile y Argentina. Nunca dieron con ella.

pájaro Simurg (سمرغ), Xuanzang (玄奘), Sun Wu Kong (孫悟空), Zhu Ba Jie (豬八戒) y Sha Seng (沙僧) van a la India por unos sutras budistas, Arturo Belano y Ulises Lima (*nomen ets omen*) buscan a Cesárea Tinajero en los atónitos confines de México.

Desde la Odisea hasta las novelas de *science-fiction* del siglo xx (viajes en el tiempo, en el espacio, a través del cuerpo humano, etc.), pasando por Luciano (*Historias Verdaderas*, y otras narraciones), la abundante literatura de viajes reales e imaginarios responde a nuestras necesidades (Kappler 79).

La literatura, por más fantástica que sea, esencia un viaje. He aquí que no se atentaría contra nada ni resultaría tendencioso o argado si como precedentes de la literatura de viajes, junto a las periégesis, *itineraria* y otras obras descriptivas o enciclopédicas de la Antigüedad, figurasen la *Odisea*, la *Ilíada*, la *Eneida*, *El sueño de Escipión* o el libro del *Éxodo* del *Pentateuco*²². Los libros de viaje han proporcionado (y siguen haciéndolo) modelos protagónicos, escénicos y temáticos a la novela y a otros géneros literarios.

Badía [Alí Bey] era el hombre para el caso. Valiente y arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía y verdadero original, de donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos; hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu le hacía apto para aquel designio (Godoy 31).

Héroes de ficción como Simbad y viajeros como Ibn Battuta no sólo son equiparables, sino también intercambiables. Dos naufragos auténticos, el español Pedro Serrano (siglo xvi) y el escocés Alexander Selkirk (siglo xviii), inspiraron a Daniel Defoe el naufrago más insigne de la literatura universal: Robinson Crusoe. Julio Verne escribió *La vuelta al mundo en ochenta días* a imitación de los viajes

22 Biblia y Corán refieren viajes milagrosos como el vadeo de Moisés y los israelitas por el mar Rojo o la travesía de Mahoma a velocidad rompiente a lomos del corcel Buraq (براق).

del aventurero Gianfrancesco Gemelli Careri (siglo xvii); en el mar de Java descrito por Francis Fletcher (siglo xvi) se espeja el paraíso de humedad y silencio (pozos de aceite humeantes, lirios sangrientos, salamandras doradas) de *Cien años de soledad* (Camacho Delgado).

Sinónimo de búsqueda, el viaje se emprende por motivos políticos, comerciales, piráticos, religiosos, quiméricos, científicos, etcétera. He ahí las rutas de la seda y de las especias, las peregrinaciones a la Meca y a Jerusalén, las embajadas, la circunnavegación de la Tierra, la piratería, la conquista de América, las búsquedas de Elelín o de Penglai, las exploraciones naturalistas, la expansión colonial o la aventura espacial acometidas por viajeros de toda índole: geógrafos (Estrabón), emperadores (Adriano), filósofos (Plotino), califas (Harún al-Rachid), cosmógrafos (Zakariya al-Qazwini), mercaderes (Marco Polo), peregrinos (Ibn Battuta), navegantes (Zheng He), conquistadores (Hernán Cortés), embajadores (Ruy de Clavijo), corsarios (Francis Drake), espías (Alí Bey), naturalistas (Charles Darwin), astronautas (Neil Armstrong). Pese a esta heterogeneidad de oficios y disciplinas, el viajero acostumbra a ser polifacético y ducho en diversas materias: geografía y zoología, equitación e idiomas, matemáticas, navegación y medicina, amén de exhibir carisma, bizarría, e incluso cierto carácter pendenciero, sobre todo por lo que respecta a piratas, espías y pícaros, quienes, en buen ejercicio de su profesión, adviértase, no dejarán testimonio escrito de sus viajes, esto es: pruebas de sus delitos, y si lo hacen (piénsese en Walter Raleigh), disimularán sus fechorías o las disfrazarán de hazañas.

Todo personaje literario, por su parte, es un buscador: un viajero. Lemuel Gulliver, Amadís de Gaula y otros protagonistas de novela buscan lo mismo que Pausanias, Ibn Batutta y Zheng He: despejar la equis. *El señor de los anillos*, *El asombroso viaje de Pomponio Flato*, *El perfume*, 2666 o *Los años de peregrinación del chico sin color* narran búsquedas de fondo. Al viajero, es decir, a cualquiera que salga de viaje y adopte ese papel, lo asalta un sentimiento de extrañeza. Ese sentimiento tarda en disiparse. El viajero sale al mundo y busca. El mundo, desde luego, lo anonada. Aunque el viajero lo haya prefigurado y el relato del viaje sugiera lo contrario, la realidad meta siempre

acaba asombrando. Es por ello por lo que la fantasía de los libros de viaje esconde no rara vez realidades insólitas atisbadas.

Si hay una necesidad comparable a la de viajar (o si cabe incluso más perentoria) esa es la de contar el viaje. Ambas necesidades se cruzan en la literatura de viajes. Delante de un público ávido de novedades y de aventuras, no habrá forma de que el viajero contenga la lengua. A lo largo de la historia de la humanidad, ha habido numerosísimos relatos de viajes, innumerables si se incluyen, además de los reales, los ficticios, imaginativos, poéticos o novelados: epopeyas (*Epopéya de Gilgamesh*), novelas (*Los viajes de Gulliver*), crónicas (*Cartas de relación de Hernán Cortés*), epistolarios (*Viaje a China*), poemas (*Primero sueño*) o poemarios (*Sendas de Oku* [奥の細道]). El contador de viajes, por cuanto contador de historias, tiende a colorear. El viaje, por ende, se vuelve cuento, es decir, ficción. Sin duda, muchos libros de viaje podrían catalogarse como novelas de viaje o de aventuras.

El viajero, después de llegar a destino, da la vuelta de regreso y relata su viaje: el relato valida el viaje y al viajero. El gato sin nombre de *Yo, el gato*, de Natsume Sōseki, honrando su condición de *Felis silvestris catus*, tras viajar al otro e inexplorado lado de la calle, ha de contar (ni que sea al lector) su heroicidad: se completa el viaje con su verbalización. El viaje ha de tener, por tanto, (i) tornaviaje y (ii) relato. Esta última condición deriva de la propia vanidad del viajero, quien suele creer o dar por sentado que ha visto lo que nadie y mejor que nadie. A partir de ahí, el viajero narrador aumenta la realidad²³: la amplifica, en lo positivo (maravillas) o en lo negativo (horrores). Juan de Marignolli, por ejemplo, tras compararse con Salomón, asegura haber paseado en elefante junto a la reina de Saba, y se jacta de haber viajado más lejos que Alejandro Magno, hasta el mismo cabo Comorín. El viajero quiere dejar constancia no tanto de lo que ha visto, sino de que lo ha visto.

23 Estando hoy la realidad aumentada (RA) tan en boga en la industria del videojuego, no huelga recordar que la literatura no ha hecho (ni hace) otra cosa que aumentar la realidad.

Está la noche de Delfos en que sentí lo numinoso y no supe morir, es decir nacer; están las horas altas de Mecenas, la escalinata de Faistos, y las minucias que la araña guarda en cumplimiento de una figura que se nos escapa, el dibujo de un mediocre fragmento de mosaico en el puerto romano de Delos, el perfume de un helado en una calleja de Placca. Y además está el viaje de Atenas a Cabo Sunion (Cortázar 98).

Julio Cortázar está en París con un amigo suyo. Julio Cortázar o quien sea que protagonice la anécdota *Acerca de la manera de viajar de Atenas a Cabo Sunion*. Excusa añadir que la anécdota muta en cuento, como casi todo lo que tocaba el autor de *Rayuela*. El amigo se llama Carlos Courau y tiene una urgencia: contar un viaje, sacárselo de dentro con su relato. Ese mismo viaje, casualmente, lo hará Cortázar un mes más tarde. Al final, como cabe suponer, el viaje de Cortázar contradice el de Courau. Regresado a París, cae en la cuenta: cada vez que le relata su viaje a alguien cede "al placer de todo viajero que al narrar su periplo lo rehace" (Cortázar 96). En *Lolita*, también Humbert Humbert admite que mientras relataba su expedición ártica "la musa de la invención me tendió un fusil y maté a un oso blanco" (Navokov 47). Cortázar sospecha que Courau cedía igualmente a ese impulso.

Con esta anécdota, Julio Cortázar mide los laberintos y los escamoteos de la memoria, las disonancias entre realidad y expectativa, la tentación de rehacer²⁴. La expectativa colisiona con la realidad y los añicos de ambas se mezclan sin que haya manera de separar los de la una de los de la otra. La realidad meta se transforma a golpe de apriorismos: asunciones, estereotipos, prejuicios, preconcepciones, símbolos asentados en un imaginario tanto colectivo como individual. Percibida la realidad meta a través de los sentidos, el cerebro la moldea. Las imágenes internas pugnan con las externas, es decir, la

24 Por la propia inercia del relato y también en aras de complacer las expectativas del público, el viajero rehará el viaje, añadirá lo que podría haber visto pero no tuvo (ni había) manera de ver y omitirá lo insustancial, aburrido o anodino: "caminó [el viajero] por donde quiso y, por donde no quiso pasar, dio la vuelta." (Cela 97). La realidad se falsifica y se descarta lo que no cumple o contradice las expectativas o impacta contra ellas con demasiada fuerza (Zumthor y Peebles). El libro de viaje se fragua en los pies del viajero, ciertamente, pero son los suyos unos pies con cabeza.

realidad prefigurada se confronta con la realidad meta contemplada *in situ* o la reta. Por si eso no bastase, el escritor siempre se rinde a su oficio: el de inventar.

1.5. LA FICCIÓN EN LA LITERATURA DE VIAJES

Fontaine cree volver a oír —a oír por primera vez— los ruidos
de aquella aldea a la que nunca volverá y que erróneamente
ha confundido con los ruidos de cualquier otra aldea africana.
Ahora, a miles de kilómetros, la oye y la ve por primera vez,
y se horroriza y maravilla a un tiempo.

Los sinsabores del verdadero policía
Roberto Bolaño

Este fragmento de *Los sinsabores del verdadero policía* plasma o podría presumirse que plasma la esencia de la literatura de viajes, así como el *fatum* del escritor de libros de viaje: el desorden temporal, la confusión de los espacios, la desconexión, o con mayor exactitud, la inconexión, la distancia entre el viaje y su escritura, la transmutación de la experiencia y la refiguración de los lugares, los cuales parecen ir encogiéndose y a la vez agrandándose, destilando irrealidad (a saber: literatura) a medida que el viaje se pone por escrito y las maravillas y los horrores se arremolinan, convergen, puján a través de una maraña de recuerdos alevés.

Literatura y creatividad se atestiguan en todos los relatos de viaje, en general, desde las periégesis de la Antigüedad hasta los libros de viaje ilustrados y en adelante. Como dice Adriano en la novela *Memorias de Adriano*, "la ficción tiene su lado bueno, prueba que las decisiones del espíritu y la voluntad priman sobre las circunstancias" (Yourcenar 43).

El tesón de encontrar a toda costa lo que se ha venido a buscar comba o deforma la realidad. Marco Polo, Guillermo de Rubruck o Cristóbal Colón viajaban con un viaje prefigurado en la cabeza, pre-dispuestos a maravillarse y con los párpados pesados de tradición (Pérez Priego). En tal estado, la realidad se pinta de ficción, adrede

unas veces (cuando Juan de Mandevilla afirma haberse bañado en la fuente de la eterna juventud), otras veces inconscientemente, y así Marco Polo temió en el desierto de Lop a los demonios: "Hasta durante el día oís las voces de esos espíritus y os parece oír instrumentos extraños, así como tambores." (Marco Polo 43).

Siempre ha habido excepciones. Odorico de Pordenone (siglo XIII), Juan de Montecorvino (siglo XIII) y Juan de Marignolli (siglo XIV) desafiaron la tradición en algunas etapas de sus viajes e incluso la objetaron al cotejarla con el conocimiento empírico personal²⁵. Montecorvino, en cuanto al paraíso terrenal, confiesa que "mucho busqué y pregunté sin que pudiera encontrar cosa alguna" (cit. en García Espada 153); Marignolli no sólo refutó la existencia de razas monstruosas en Oriente²⁶, sino que cruzó el desierto de Gobi para demostrar que era expugnable²⁷.

A partir del siglo XIII se va imponiendo la vista a los otros sentidos. El viajero narrador acentúa su calidad de testigo ocular²⁸ y la retórica acuña nuevas fórmulas enfáticas: "quien no lo haya visto no alcanzará a comprenderlo", "cosa maravillosa en verdad; ni mi boca ni mi lengua alcanzan a explicar bien lo que vieron mis ojos" (Jordano Catalán, cit. en García Espada 75), "sólo se creen viéndolas" (Gaspar y Rimbau 364). Las descripciones visuales acreditan mejor la marca *in situ* del relato de viaje.

Jordano Catalán se asombra solo de lo que ve o ante lo que ve, y en absoluto por lo que escucha de otros. El mundo, verdaderamente,

25 Con todo, estos viajeros dieron pábulo a profecías y vaticinios: la profecía del Árbol Seco, la de Gog y Magog, la del fin del islam, la de la fuga de las terribles hordas que Alejandro Magno había confinado en un rincón de Asia (García Espada).

26 Hasta el siglo XV, el conocimiento europeo de Oriente, tanto del Próximo Oriente como del Lejano Oriente o Extremo Oriente, provenía de tres fuentes: (i) la tradición grecolatina, (ii) la Biblia y (iii) los testimonios de viajeros.

27 Bien es verdad que después de eso, en maravillosa contradicción, Marignolli jura haber localizado el reino de Saba y contemplado "el mar rodeado de llamas y de dragones vomitando fuego" (cit. en García Espada 387).

28 Esa preeminencia del *ego vidi* frente al *ego audivi* se asienta en el pensamiento de Tomás de Aquino (siglo XIII), según el cual el sentido de la vista "tiene una virtud cognoscitiva más universal, se extiende a más realidades y es más eficaz en su conocimiento" (Aquino 21).

lo suspende con facilidad, se arroba con la fauna y la flora, y ello hace que la veracidad de su relato penda a menudo de un hilo. Diríase que ve visiones con frecuencia. Pero las ve (o dice verlas) con sus propios ojos: cinocéfalos en las islas del golfo de Bengala, enanos velludos en Java, el pájaro Rujj en Etiopía, las vides plantadas por Noé al desembarcar del Arca, serpientes que engullen lobos como si fuesen bayas.

En la Edad Media, señala García Espada, el libro de viaje, desatendido o marginado por la retórica, incluía elementos fantásticos, imaginativos y utópicos. García Espada se queda corto. Ya los primeros viajes documentados fabulan: geografías ficticias, quimeras, crónicas extrañas, sueños premonitorios. El *Shanhai jing* (山海經), cuyas versiones prístinas datan del siglo III a. e. v., entre otras bestias fabulosas, describe el fénix (鳳凰), el *qilin* (麒麟) y el zorro de nueve colas (九尾狐).

從基山向東三百里，為青丘山 [...] 山上有一種獸類叫九尾狐，其狀如狐，張有九條尾巴，叫聲如嬰兒，能吃人。人吃了它後可以辟邪 (山海經 *Shanhai jing* 162).

Trescientas millas al este de la montaña Jin se halla el monte Qing [...] Habita en ese monte una bestia llamada *jiu tiao wei*²⁹, semejante a un zorro y con nueve colas. El sonido que produce se confunde con el de un bebé y puede alimentarse de personas. Comerlo protege contra los espíritus malévolos³⁰.

Simbad el marino escapó de una isla asido a la pata del Rujj, ave colosal capaz de agarrar elefantes y rinocerontes, levantarlos en vuelo y alimentar con ellos a sus crías. El viajero andalusí Abu Hamid al-Garnati lo identificó en el siglo XII con un pájaro de diez mil brazas de envergadura que anida en las islas de los Mares de China. Ibn Battuta lo tomó por una montaña surta sobre esos mares³¹.

29 Literalmente: zorro (狐) de nueve (九) colas (尾).

30 Traducción propia.

31 En otra parte de *Las mil y una noches*, el genio de la lámpara le revela a Aladino que algunos genios e ifrits sirven al Rujj. Por sus titánicas dimensiones, el Rujj (o Ruc o Rocho) de las mitologías árabe y persa se asemeja al Peng (鵬) de la mitología china,

Hérodoto, Estrabón, Pausanias y otros viajeros de la Antigüedad hablan con naturalidad de dragones, cíclopes, grifos, basiliscos, monstruosas hormigas del desierto cuyo tamaño es "menor al de los perros pero mayor que el de los zorros", a las que no hay animal que "iguale en cuanto a rapidez" (Heródoto, cit. en Pérez Ródenas 299-300).

Estos grifos luchaban por el oro contra los arimaspos, los cuales viven más lejos que los isedonios [...], los arimaspos son todos hombres de un único ojo desde su nacimiento, y los grifos son bestias semejantes a los leones, pero con alas y pico de águila (Pausanias, cit. en Pérez Ródenas 304).

Alexander von Humboldt alertó de que la narración ficcionaliza lo que pulsa, tiende a despegarse de la realidad e impurifica lo pretendidamente referencial. Es sintomático que el fundador de la geografía moderna universal se expresase en esos términos.

Todo libro de viaje tiene un hemisferio fabuloso. La literatura de viajes conjunta el mundo real con otro imaginario, tan bien que a veces cuesta distinguir el ficticio, de manera que la realidad parece mentira y las fábulas, muy veraces³². He ahí la doble virtud de los relatos de viajes: *delectare et prodesse*. Poco o nada importa cuánto haya de real, fabuloso o poético en ellos, pues ni la fábula ni la poesía contradicen la realidad del mundo; antes al revés: la refrendan. Tampoco las novelarías y las figuraciones invalidan un libro. El *Shanhai jing*, mezcla de bestiario, atlas fantástico y enquiridión de brujos, por ejemplo, contiene valiosos datos geográficos, botánicos y zoológicos.

La ficción entra de rondón en el relato de viaje. El autor interpreta lo que ve o ha visto, y la interpretación, huelga decir, siempre conlleva desvío. La memoria, por su parte, devuelve los hechos y las imágenes

ave descomunal en la que según Zhuangzi (莊子, siglo IV a. e. v.) se había transfigurado el gigantesco pez Kun (鯀). Oriente se deleita con mitos ornitológicos, fabulando pájaros de asombro: Anqa (عنقاء), Aosaginothi (青鷲火), Avalerion, Basan (波山), Bennu, Berunda, Fenghuang (鳳凰), Garuda, Homa, Mayura, Sarimanok, Simurg, Zhuque (朱雀).

32 No es un mero decir que la realidad iguala o supera la ficción. Al fin y al cabo, la ficción, por cuanto producto de la imaginación humana, es limitada, mientras que la realidad rebasa (largamente) los límites del ser humano.

incompletos, tarados o a trozos. La memoria falla. Porosa y flácida, la memoria se descuerda. El viajero narrador la zurce entonces con hilo imaginativo. Lo pensado e imaginado eclipsa lo visto, el viaje se apoca y el relato lo embaúla: "el viajero ve muy claro todo lo que piensa, y un poco confuso, quizá, todo lo que ve" (Cela 8) o vio. El libro de viaje redactado *a posteriori* (piénsese en el *Tractado de las andanças e viajes de Pero Tafur*, escrito quince años después del viaje) es una repercusión intelectual e imaginativa. La memoria se aleja de la realidad y lo hace, además, en grado proporcional al tiempo que media entre el presente y el pasado traído con ella. Al distanciarse, las cosas dejan de ser como fueron, y más: dejan de ser lo que fueron.

El narrador es un viajero en el recuerdo y cuenta un viaje que empieza y termina en sí mismo: el viaje despliega o cifra un ensimismamiento. El viajero narrador escribe ensimismado, lo cual inclina el viaje hacia introspectivas pendientes que resbalan. Los relatos de viajes plasman no un mundo igual para todos, sino el mundo incommunicable (he ahí la paradoja) que observa el viajero.

Escribir lo ocurrido *in situ*, durante el viaje, por otro lado, tampoco asegura nada. Ante unas ruinas prehistóricas o un palacio de cúpulas azules, al borde del cráter, equivocando el barullo del agua con el crotoreo del quetzal, el viajero narrador se embarga y se entrega a la literatura, se sume en un estado de lirismo que entela su visión y lo alucina³³.

Los entusiásticos afirman que Cela describió la Alcarria como nadie. Nada más lejos: no lo hizo como nadie sino como Camilo José Cela, dado que "la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo" (Ortega y Gasset 77). Salvo superponiendo la lectura al paisaje, no se reconocerá la Alcarria en *Viaje a la Alcarria*. Otro autor habría compuesto, de habérselo planteado, otro *Viaje a la Alcarria*. El propio Cela, partiendo de otro lugar o en otro tiempo, lo habría escrito distinto.

Vicente Blasco Ibáñez recorre el mundo y lo relata con objetividad aparente en *La vuelta al mundo de un novelista*. El título no engaña a

33 No faltan las veces en las que algo parece lo que no es por mostrarse como debiera ser o porque el autor decide hacer prevalecer por encima de lo que es lo que pudo haber sido.

nadie y lo declara todo. A China le dedica un prolijo capítulo del segundo volumen: Pekín, Shanghái, Cantón, Hong Kong y Macao. Shanghái lo hipnotiza a tal punto que reconoce podría haberle inspirado varias novelas. En el viajero que escribe su viaje, tanto como en el que lo confía a un narrador de oficio para que lo escriba, acecha un novelista.

Desmantelado el andamiaje, escondidos los planos, la arquitectura del libro de viaje parece espontánea y no artificio, o sea, no parece lo que es: literatura³⁴. El realismo de los libros de viaje es frugal, fugaz e inconsistente, o meramente fingido. La literatura de viajes contraría la realidad porque (i) es literatura, (ii) los relatos de viajes, por lo común, oscilan entre la retrospección y la introspección y (iii) ningún viaje cabe de verdad en un libro: "Una sola ciudad, concluye Arcimboldi, es por naturaleza inabarcable, dos ciudades son el infinito" (Bolaño 217).

La literatura de viajes plantea un problema duplo, de definición y de categorización, por cuanto sus límites coinciden o interseccionan con los de otros géneros literarios, como el de la novela de aventuras. Separar el libro de viajes de la novela de aventuras implica *a priori* una diferenciación capciosa: el uno expone o relata verdades (*Naufragios*, *La primera vuelta al mundo*), mientras que la otra inventa ficciones (*La isla del tesoro*, *Robinson Crusoe*). Tal criterio, en efecto falaz, no satisface. Tanto el viajero que escribe como el novelista faltan a la verdad o mienten en algún grado. Contra pronóstico, además, no siempre el novelista gana la palma del mentiroso. Pigafetta y Stevenson alternan por igual veras con embustes, unas veces hasta donde quieren y otras hasta donde pueden. Cuando agotan la verdad ambos recurren al artificio, y viceversa. La mentira, nótese, nunca es pura, no tiene manera de serlo, porque reposa sobre alguna base de verdad o contiene trazas de ella. Por su parte, la verdad no dura en alto mucho tiempo: pesa y los brazos se cansan de sostenerla. La ficción tonifica el relato.

Domínguez atribuye al género de la literatura de viajes tres cualidades: (i) diversidad tipológica, (ii) carácter multiforme y (iii) situación fronteriza. Para Alburquerque, en los libros de viaje prepondera

34 Popeanga distingue *libro de viaje* (verdad) de *literatura de viajes* (ficción). Aquí se obvia esa distinción.

la descripción en detrimento de la narración, por más que el relato se presente "como un espectáculo imaginario"³⁵ (Carrizo Rueda 28).

El género consiste en un discurso que se modula con motivo de un viaje (con sus correspondientes marcas de itinerario, cronología y lugares) y cuya narración queda subordinada a la intención descriptiva que se expone en relación con las expectativas socio-culturales de la sociedad en la que se inscribe. Suele adoptar la primera persona (a veces, la tercera), que nos remite siempre a la figura del autor y aparece acompañada de ciertas figuras literarias que, no siendo exclusivas del género, si al menos lo determinan. Esta fuera de toda duda que los límites de este género no cuentan con perfiles nítidos (Albuquerque 86).

Los libros de viaje suelen usar la primera persona del singular (Popeanga), pero el lector avisado, el mismo que comprende que el relato ha de cumplir con ciertas "expectativas socio-culturales"³⁶, advierte que en verdad están escritos en una primera tercera persona. El viajero se confunde con el viaje y con el paisaje, lo cual confunde por reverberación al propio lector, quien llega a no disociarlos bien: duda de si el viajero transita de veras por el paisaje o de si es el paisaje el que viaja en realidad viajero a través.

35 Tratándose de un género literario y documental, no obstante, cabría matizar que ese espectáculo imaginario, más que presentarse, se representa.

36 Esas expectativas no sólo las dicta la tradición, sino que también aumentan con los relatos de quienes viajaron más para confirmar la tradición que para descubrir algo nuevo. Como testimonio de experiencia directa, el libro de viaje hará hincapié en la proximidad del viajero narrador respecto a lo observado, aportará evidencias y basará sus descripciones en elementos visuales (*ego vidi*) o cuantificables. Los libros de viaje adscritos a una tradición, por el contrario, avalados y legitimados por esa tradición (*ego audivi*, *ego legi*), no requieren pruebas. Han heredado un modelo (a saber: una forma de ver y de transmitir) y lo reproducen.

2. HORROR Y MARAVILLA EN LOS LIBROS DE VIAJE

No es mi deseo engañarme a mí mismo o a mi país con fantasías, ni
tampoco estoy tan enamorado de aquellos alojamientos, vigili-
as, atenciones, peligros, enfermedades, pestilencias y comidas
y otras calamidades que acompañan a estos viajes.

Walter Raleigh

El autor del libro de viaje, bien sea el propio viajero o un amanuense que escribe al dictado o de oídas, enumera maravillas, lugares o paisajes maravillosos, costumbres que lo maravillaron. *Le divisament dou monde*, libro de viaje por antonomasia, se divulgó en español con el nombre de *Libro de las maravillas de Marco Polo* o *Libro de las maravillas del mundo* o *Libro de las maravillas* a secas, y la celeberrima *rihla* de Ibn Battuta, adversario de Marco Polo por la consecución del cetro de campeón de los viajeros, acopia *adjaib* que es un contento.

La maravilla, bajo formas y medida diversas, permea la literatura de viajes: periégesis paganas, cristianas descripciones del Oriente, *rihlat* de viajeros musulmanes, crónicas de Indias. Con independencia de la tradición y de la cultura incubadoras, la literatura de viajes se pliega ante la maravilla y fabrica inventarios de maravillas tales que ambas han devenido, si no sinónimos, metonimias *pars pro toto* y *totum pro parte* la una de la otra. Los libros de viaje medievales y renacentistas asentaron esta metonimia³⁷: LA MARAVILLA COMO PARTE DE LA LITERATURA DE VIAJES.

Marco Polo juzga *maravillosos* los palacios del Gran Kan, "maravillosamente bello y bien decorado" (Marco Polo 61) y del señor de la isla de Cipango, "todo cubierto de oro fino" (133), descubre en Cantón "un mercado de piedras preciosas que es maravilloso" (131) y de las avestruces de Madagascar, después de no acertar a compararlas

³⁷ No hay más que contar las numerosas catáforas con las que en esos libros el narrador predispone el ánimo del lector a un listado de maravillas o a la reseña de algo maravilloso: "Y otra cosa os referiré, que es maravillosa", "Os causará maravilla que os cuente que...", "Os diré una cosa más maravillosa aún". También Enrique Gaspar, tan parco en maravillas, lanza este anzuelo retórico: "van a maravillarte estos dos ejemplos de acrobacia y prestidigitación de que he sido testigo" (259).

con nada, dice "que son una maravilla" (168). A Jordano Catalán algo en Persia lo "maravilló mucho": la ciudad de Tabriz, donde "no cae rocío del cielo y en verano apenas llueve" (cit. en García Espada 306); Odorico de Pordenone se maravilló con las ocas de Guinea, la vastedad del desierto persa y los cardúmenes de peces del Mekong. Los neveros de las montañas divisables desde el estrecho de Magallanes impresionaron tanto a Francis Fletcher que las contó "entre las maravillas del mundo" (cit. en Camacho Delgado 71). Desde el principio, la literatura de viajes, las descripciones del mundo en general e incluso las geografías y las historias enciclopédicas se aliaron hasta en el título con el campo semántico de la *maravilla*: *De mirabilibus mundi* de Solino (siglo III), *Llibre de meravelles* de Ramón Llull (siglo XIII), *Mirabilia descripta* de Jordano Catalán (siglo XIV).

La metonimia entre horror y literatura de viajes, en cambio, no ha arraigado. No es que Marco Polo, Ibn Battuta, Zheng He, Ruy de Clavijo, Pigafetta y los demás oculten los horrores del viaje; al contrario: los cuentan con gusto. Marco Polo aparta la vista (más bien el recuerdo) de los idólatras de Fugiu que comen carne humana "y dicen que es carne exquisita", los juzga "los hombres más crueles del mundo, pues matan cuanto encuentran al paso, beben la sangre de sus víctimas y luego se las comen", e incapaz de soportar tanto horror, cía y corrige el rumbo del relato: "Dejemos este horror y hablemos de otras cosas" (Marco Polo 129).

Ibn Battuta se horrorizó tanto o casi tanto como se maravilló a lo largo de sus tres décadas de viaje. La belleza y la virtud de las mujeres de Hinawr lo cautivaron, pero en Maldivas perdía los nervios y se enlabinaba con la impudicia de las mujeres de no cubrirse los pechos. Las cobras indias espeluznaron de tal forma a Jordano Catalán que las refiguró en pequeñas hidras heptacéfalas. El macabro tzompantli azteca de Tenochtitlán scandalizó a Hernán Cortés, a Cabeza de Vaca lo horripiló una tribu de indios americanos "que matan sus mismos hijos por sueños, y a las hijas en nasciendo las dejan comer a perros" (Núñez Cabeza de Vaca 19). Enrique Gaspar se horrorizó con la "aberración" china de los pies de loto (縛腳), por la cual "le decoyuntan [a la niña] hacia dentro, triturándoselos, todos los dedos, menos el mayor" (Gaspar y Rimbau 291).

Maravilla y horror se turnan también en la moderna literatura de viajes. En *Viaje a la Alcarria*, tras maravillarse con el taheño Armando, a quien "a pleno sol, el pelo le brilla como si fuera de fuego" (Cela 37), Camilo José Cela es presa del horror al ver a un mendigo bambarria y tuerto que renquea por el pueblo chorreándole sangre del cráneo. Hecho un cristo y todo, el mendigo canta. Entonces el horror esplende. Desde su portal, una mujer le grita al zonzos descalabrado: "¡Lástima no reventases, perro!" (39).

Aun registrando horrores en número apenas inferior al de maravillas, los libros de viaje no divulgan la palabra *horror* (ni sus derivados) con igual fuerza y profusión³⁸. De ahí que la metonimia EL HORROR COMO PARTE DE LA LITERATURA DE VIAJES no haya cristalizado³⁹. Desde un punto de vista retórico, además, los libros de viaje se han asociado a tópicos laudatorios como el *locus amoenus* y el *laus urbis* (Rodríguez Temperley), medios comunes de efusión de la maravilla, a pesar de prodigarse también en horrores y tópicos censuradores, vituperosos o execrativos⁴⁰.

La bibliografía sobre la maravilla en la literatura de viajes es extensa: Acosta, Beltrán, Casas Rigall, Kappler, Le Goff, Moreno, Popeanga, entre otros; el horror, por el contrario, no ha motivado estudios ni recibido oportuna atención⁴¹. Ello explica que hasta el momento solo

38 *Horror, horroroso y horrorizar(se)* concursan menos en los relatos de viaje que *maravilla, maravilloso y maravillar(se)*. Del latín *horror, -ōris, horror* aglutina aquí las tres primeras acepciones de su entrada en el DRAE: 1. m. Sentimiento intenso causado por algo terrible y espantoso; 2. m. Aversión profunda hacia alguien o algo; 3. m. Atrocidad, monstruosidad, enormidad.

39 Al menos hasta el siglo xvii y con una excepción: las crónicas de Indias, en cuyas páginas el horror gana (a ratos) terreno a la maravilla. Los autores o los protagonistas de este subgénero de la literatura de viajes (exploradores, navegantes, colonos, conquistadores, misioneros) se desahogan relatando penalidades, padecimientos, fatigas y horrores, a través de un discurso marcado por el desaliento y el fracaso (Camacho Delgado).

40 Tópicos faltos de denominación, ciertamente, pero tópicos al fin y al cabo.

41 Fuera del género, huelga decir, la ha recibido con creces. En literatura no exclusivamente de viajes, Carroll (1990), Halberstam (1995), Botting (1998) y Mendlesohn (2003) ligan el horror a elementos intrusos de carácter innatural, inhumano y amenazante cuya presencia en la realidad provoca miedo, repugnancia, parálisis, estremecimiento y desorientación (González Grueso 36-37).

se haya delimitado el concepto de *maravilla*. Autores como Casas Rigall y García Espada la han definido, aunque sin ahondar en sus definiciones: la abrevian a rareza benéfica, la relacionan con lo incommensurable retributivo. Definida la maravilla, por fortuna, basta con invertir las coordenadas para demarcar o enmarcar el horror: rareza maléfica, incommensurabilidad negativa. Podría aquí objetarse que tales delimitaciones, además de someras y faltas de caracterización psicológica, presentan el inconveniente de no deslindar la realidad suscitadora de la emoción suscitada, pero maravilla y horror acogen esa doble acepción y abarcan ambos referentes: designan tanto la causa como el efecto.

Horror y maravilla causan *a priori* efectos análogos: suspensión, enmudecimiento, parálisis; difieren en las reacciones del ánimo y de la mirada: mientras la maravilla alienta y prende los ojos, el horror desalienta y los desvía. Al no comprender lo que observa, al viajero narrador lo embarga la emoción. Como consecuencia lógica de traspasar los límites de lo conocido, se abre ante él un territorio inexplorado (maravilloso u horroroso) que lo emociona, esto es: lo maravilla o lo horroriza. La retórica tradicional codifica ese embargo ante la maravilla o el horror mediante fórmulas que denotan suspenso, mutismo, ineptitud o inefabilidad, recurrentes y abundantísimas en los libros de viaje: "El interior de las pagodas no puede describirse; es de un efecto maravilloso" (Gaspar y Rimbau 324); "No puedo describir con palabras la magnitud de esta India" (Jordano Catalán, cit. en García Espada 122); "Pero donde está la verdadera maravilla es en el pabellón principal; [...]. ¿Qué hay allí? Yo no sé si podré explicarlo" (Gaspar y Rimbau 337).

Le Goff clasifica las maravillas de los relatos de viajeros cristianos⁴² medievales en (i) *mirabilis* o maravillas precristianas: "en Armenia

42 Las *adjaib* de las *rihlat*, *mutatis mutandis*, encajarían también en la taxonomía de Le Goff: (i) *mirabilis* o maravillas preislámicas: "Dos leguas antes visitamos la fosa de David —sobre el sea la paz—, que está enterrado entre dos brazos de un río que se llama Éufrates, que es del paraíso" (Omar Patún, cit. en Casassas Canals 236); (ii) *magicus* o maravillas diabólicas: en el país de las Tinieblas los mercaderes ignoran "si los que les venden y les compran son genios o son hombres, y nunca ven a nadie" (Ibn Battuta 565); (iii) *miracolosus* o maravillas islámicas: "Jamás vimos tan rica mezquita

Mayor uno se encuentra con algo muy notable, es una montaña de gran altura e inmensa magnitud donde se cuenta que el Arca de Noé se posó" (Jordano Catalán, cit. en García Espada 87); (ii) *magicus* o maravillas diabólicas como la brujería, el satanismo y la idolatría⁴³: "Aquí [Tíbet] nacen los más sabios astrólogos y adivinos, [...]; hacen los más terribles sortilegios y, por arte diabólica, hacen ver y oír cosas maravillosas" (Marco Polo 95); y (iii) *miracolosus* o maravillas cristianas: "así que el califa y los sarracenos vieron esto [el milagro de mover montañas], llenáronse de maravilla y más de uno se convirtió, y el califa mismo se hizo cristiano" (21). Esta taxonomía se circunscribe a una época concreta de la literatura de viajes: la Edad Media. No permite, por tanto, extrapolaciones, o muy a lo sumo consentiría las crónicas de Indias y algunos libros de viaje del siglo XVI. En ese siglo, a Antonio Pigafetta se le apareció el diablo en América, "con dos cuernos en la cabeza y pelos largos que le cubrían las piernas", prestísimo a "lanzar fuego por la boca y por el culo" (Pigafetta 265).

Lo que ellos adoraban era el diablo, que los tenía engañados [...] Y luego que se hizo la iglesia y se dijo misa, el diablo huyó de allí, y los indios andaban asegurados, sin temor (Núñez Cabeza de Vaca 121).

Entender el horror y la maravilla como términos opuestos de una dicotomía perfectamente simétrica posibilita una clasificación universal, válida para todos los libros de viaje: (i) horrores y maravillas naturales (un huracán, el tigre de Bengala, procelosos acantilados); (ii) horrores y maravillas culturales (canibalismo, ceremonias paganas, harenes). Sea como fuere, las clasificaciones no caracterizan; antes al contrario, dan por sentado. Para acabar de caracterizar el horror (y, por repercusión, la maravilla) en la literatura de viajes y en un libro de viaje en particular: *Viaje a China*, se importa aquí el constructo de espacio antropológico de Bueno Martínez. Consecuencia inmediata de ello es la categorización del horror y de la maravilla como fenómenos (en el sentido kantiano) antropológicos.

como la de Damasco, que se llama Bani Umeya." (Omar Patún, cit. en Casassas Canals 227).

43 De la maravilla diabólica (*magicus*) se barrunta más horror que maravilla.

3. EL HORROR COMO EFUSIÓN NUMINOSA DE SIGNO NEGATIVO

Gustavo Bueno Martínez acuñó el concepto de *espacio antropológico* y lo definió como multidimensión articulada por tres ejes cuyas imbricaciones e interdependencias estructuran y clasifican la trama conjunto del material humano.

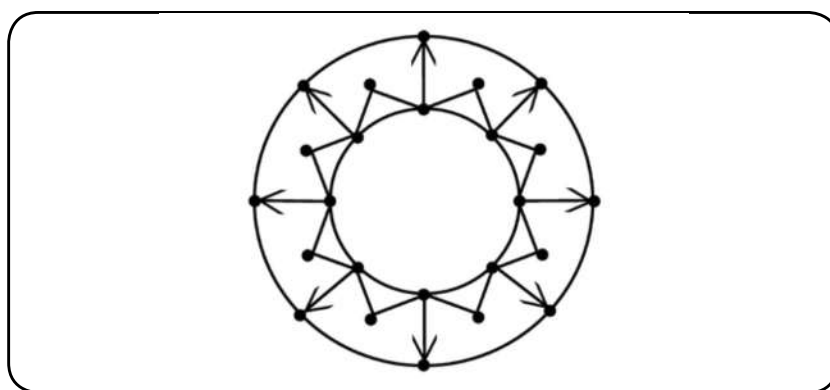


Figura 1.- Diagrama del espacio antropológico (Bueno Martínez).

Dentro del espacio antropológico el ser humano se concibe, y sobre todo se identifica, como entidad relativa y no (en modo alguno) absoluta. Así, el espacio antropológico organiza la realidad humana tanto como la no humana, sin la cual no podría el ser humano orientarse ni (por consiguiente) explicarse o entenderse. Dotado de longitud, anchura y profundidad, el espacio antropológico se representa mediante dos círculos concéntricos (ejes circular y radial) y una estrella de ocho puntas (eje angular) intercalada entre ambos.

Puntos y puntas se interrelacionan conforme a una coherencia antropocéntrica: el ser humano como principio, foco y piedra basal del entramado. A la teoría del espacio antropológico subyacen el *homo mensura* de Protágoras y modelos de la filosofía metafísica clásicos y tradicionales (Aristóteles, Bacon) donde interactúan Dios, la naturaleza y el ser humano. Bueno Martínez reformula esos paradigmas, sustrae a Dios de la ecuación y lo reemplaza por los númenes, los cuales, a diferencia de aquél, gozan (o sufren) de variedad y corporeidad.

El ser humano es la referencia y la pieza central en ese tablero de tres ejes. Sobre el eje circular los seres humanos actúan recíprocamente (comercian, disputan, se aparean); la relación entre los seres humanos y la naturaleza se establece en el eje radial (extracción de minerales, desviación del curso de los ríos, tala de árboles); por último, en el eje angular los seres humanos tienen contacto con los númenes (tótems, animales sagrados, petroglifos). Los raptos de horror y de maravilla que experimenta el viajero y que se describen en los libros de viaje los concitan realidades ordenadas en el eje angular.

Según las reglas de Bueno Martínez, los númenes del eje angular se circunscriben al reino animal y poseen voluntad, inteligencia, percepción y apetito. En este capítulo, no obstante, se subvierten tales reglas exprofeso para que el eje angular incluya entidades no volitivas ni apetentes, etcétera, pero eventualmente numinosas⁴⁴. Nada justifica, en verdad, la presencia o la inclusión del mamut o las luciérnagas en el eje angular y la exclusión del trueno, la aurora boreal, un volcán o versos escogidos de Roberto Bolaño.

Los númenes, aun adscritos al ámbito natural⁴⁵, adquieren dimensiones sobrenaturales debido a sus atributos fascinadores y a sus atribuciones mágicas (Bueno Martínez). Por lo general, se trata de entidades no denotadas o denotadas pero sin connotación o (semi) desconocidas, es decir, no ingresadas todavía en el orden natural (sin denotación) ni en el metafórico (sin connotaciones). Contemplar, percibir o sentir el numen sobrecoge y estremece la mirada: una manada de bisontes campo a través, el narval en aguas árticas, "un pozo de piedra en medio de un paisaje lacustre" (Bolaño 149). Lo desconocido, lo falto de denotación o de connotaciones, es fuente de numinosidad. Irradia el numen lo inaccesible, a saber: aquello alejado o fuera de la comprensión, la influencia y el control humanos. Algo es numinoso (i) por cuanto estriba más allá de los límites del

44 Sea como fuere, tanto cabe privar a tales entidades de voluntad, apetito o conciencia, cuanto concederles una voluntad, un apetito o una conciencia poéticos, esto es, inefables, y, por ende, numinosos.

45 Adorno y Horkheimer, a propósito del tornaviaje de Ulises, avisan de que la naturaleza, a fin de cuentas, ha desempeñado desde antiguo el papel de antagonista en el teatro humano: fuente de placeres (maravillas) y de sufrimientos (horrores).

conocimiento humano y (ii) en un grado directamente proporcional a la distancia que lo separa de tales límites. Condición numinosa y grado de numinosidad dependen, asimismo, de dos variables: espacio y tiempo. En función del estadio histórico, cognoscitivo o evolutivo de quienes lo contemplan, un eclipse irradiará más numinosidad o menos. La estructura del espacio antropológico del paleolítico (o de los actuales magrebíes), por ende, diferirá de la del espacio antropológico del neolítico (o de los actuales taiwaneses). El espacio antropológico, dinámico y no definitivo, no sólo permite la incorporación de nuevo material, sino también la supresión de material obsoleto, así como la reorganización del material acumulado⁴⁶ (Bueno Martínez): los caldeos y otras culturas antiguas ordenaban el fuego en el eje angular y lo investían de numinosidad, mientras que hoy, desvestido de numen, se inscribe (salvo atavismo) en el eje radial como reacción exotérmica. El numen se disipa en cuanto se domestica o racionaliza: entran en razón el relámpago, las sombras en la niebla. El mismo principio hiérático por el que los caldeos sacralizaban el fuego reviste actualmente de numinosidad el avistamiento de ovnis, la materia oscura o la biodiversidad extraterrestre.

En el eje angular, Bueno Martínez subsume cuatro especies en dos géneros, los **númenes equívocos**: (i) *númenes divinos* y (ii) *númenes demoníacos*; y los **númenes análogos**: (iii) *númenes humanos*⁴⁷ y (iv) *númenes zoomorfos*. Tales númenes socorren, atemorizan o rehúyen al ser humano, y le infunden emociones: miedo, amor, aversión, respeto, confusión, asombro⁴⁸. El concurso de estas cuatro categorías, no obstante, empece más que facilita una óptima caracterización de

46 He ahí que los viajes reforman y amplían el espacio antropológico: corporeizan realidades y las incorporan al espacio, o las resitúan o trasladan de un eje a otro.

47 Los númenes pueden ser individuos adonados, portentosos o pavorosos, u otros seres humanos alóctonos, externos o ajenos al conjunto humano de referencia.

48 Bueno Martínez califica tales especies de no imaginarias y tangibles, lo cual quiere decir (o así debería entenderse) que quien las contempla cree en ellas o da como axiomática su existencia. De ello se deduce la posibilidad de realidades sin ámbito o desconocidas o inexplicables (el fuego para los caldeos, los límites del cosmos en la actualidad), así como las interpretaciones erróneas (cinocéfalos, ciudades encantadas), inducidas por defectos del conocimiento, excesos de fe, hipersensibilidad, ciertos estados emocionales o alteraciones de conciencia, las experiencias extremas.

la maravilla y del horror en la literatura de viajes. Así pues, a efectos operativos, se ha optado por simplificar el eje angular de Bueno Martínez asimilándolo a un balancín con dos polos: uno de carga positiva y fuerza atrayente (numinosidad atractiva) que polariza la maravilla y otro de carga negativa y fuerza repelente (numinosidad repulsiva) que polariza el horror.

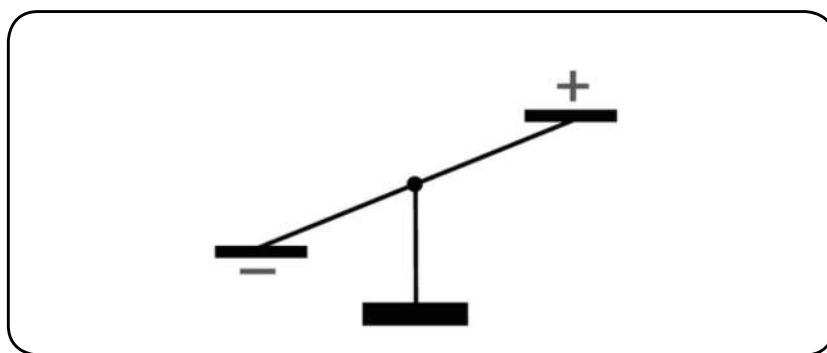


Figura 2.- El horror como inclinación numinosa de signo negativo.

La numinosidad resulta de un desequilibrio: decantado el eje hacia el polo positivo, se manifiesta la maravilla (manatíes y focas trabucados en sirenas); hacia el polo negativo, sobreviene el horror (la magia tántrica de los lamas kagyupa, el cabo de las Tormentas).

En los libros de viaje, en general, pero sobre todo en los medievales, prepondera el numen de signo positivo: la maravilla. Enrique Gaspar y Rimbau (siglo XIX), por el contrario, relató un viaje en términos de aversión, pesadilla y horror: *Viaje a China*.

4. VIAJE A CHINA

Enrique Gaspar y Rimbau ambicionó más que nada en el mundo vivir de la literatura, pero todos sus intentos (audaces, animosos) fracasaron o los malogró. El destino o la falta de visión o una carrera diplomática no vocacional lo descaminaron y acabó ejerciendo de cónsul en Grecia, Francia, Hong Kong y Macao. Ora en Asia, ora en Europa, sin embargo, no se resignó a enterrar sus aspiraciones literarias. Con

tesón y un ímpetu eruptivo, continuó escribiendo teatro, novelas, cuentos, artículos periodísticos para *El Diario de Manila*, libros de viaje como *Viaje a Atenas 1872-1875*; también tradujo del catalán y del francés. Ímprobos esfuerzos sin (o con muy parvo) premio: nombre y obra de Enrique Gaspar no cruzaron el umbral de los salones literarios de la época. Tampoco mejoró su situación con el nuevo siglo; ni siquiera la muerte, que a otros vivifica, le reportó fama o reconocimiento. Público y crítica lo desatendieron hasta finales del siglo xx, y hoy suscita un interés cuando más discreto gracias a una sola de sus obras: *El anacronópete*, zarzuela fallida y primera novela sobre una máquina del tiempo⁴⁹ (Lamarti 2019). Ninguna otra obra suya ha atraído la atención hasta ahora.

Enrique Gaspar publicó *El anacronópete* en 1887 junto con otros dos relatos: la fábula pseudofilosófica *Metempsicosis* y *Viaje a China*, epistolario de viaje con once cartas, fechadas en Macao entre el 26 de septiembre de 1878 y el 8 de diciembre de 1882, remitidas al director del periódico valenciano *Las Provincias*, Teodoro Llorente, amigo suyo y poeta egregio de la Renaixença valenciana⁵⁰. Las cartas novena, décima y undécima van encabezadas por sendos títulos: «Fiestas de Hon-Kung⁵¹ en Macao», «Los chinos dentro de casa» y «Cantón». Dada la amistad entre remitente y destinatario, todas las cartas están escritas en estilo y registro coloquiales, con un palmario tono de complicidad, mas no por ello desprovistas de pompa y fatuidad.

En *Viaje a China* Enrique Gaspar recorre Hong Kong, Macao y Cantón noticiando lo que ve, escucha y averigua sobre urbanismo, gobernación, gastronomía, arte, demografía, economía, vezo, festejos y religión⁵². En lo referente a idiomas locales, no se explaya. Ello lo salva

49 Por desgracia, vencido por escrúpulos, Enrique Gaspar desguazó su formidable invento en el último párrafo de la novela: lo redujo a sueño (Lamarti 2019).

50 *Viaje a China* se publicó con el subtítulo *Cartas al director de las «Las Provincias»*.

51 Teónimo de una divinidad china que Enrique Gaspar llama santo y compara con San Roque y con el bifronte Jano, y cuyas fiestas, a tenor del número de páginas que les dedica, hubieron de impresionarlo.

52 En puridad, aunque el libro se titule *Viaje a China*, Enrique Gaspar no fue cónsul en China, sino en Hong Kong y Macao, entonces colonias europeas. Salvo su corta estancia en Cantón, el relato transcurre enteramente fuera del dominio de los Qing.

de mayores desbarres. Como cuando en un breve párrafo examina las lenguas de China, y comete no pocos desatinos: califica de "ideológica" la escritura china, a la que considera "acabado modelo de elegancia en dibujo" (Gaspar y Rimbau 279), no distingue entre lengua y dialecto, y diríase que tampoco entre lengua y escritura, pues caracteriza el sistema de escritura chino según la morfofonología de una sola de las lenguas que lo adoptan: el chino mandarín. Menciona asimismo una jerga del "populacho y la gente de mar [...] conocida con el nombre de *Aka*" (311), muy probable trastrocamiento de *hakka*, lengua sínica que degradaría sin miramientos a jerigonza.

Como diplomático, Enrique Gaspar residió en varios países, aunque a juzgar por sus numerosas alusiones y referencias chinas, sus galanteos con la sinología y el libro de viaje traído aquí a capítulo, ningún otro lugar lo embelesó como China. Ese embeleso, empero, no se tradujo en adoración, ni rebajó la virulencia con que describe a los chinos y sus costumbres⁵³.

Ojo pequeño y algo oblicuo, encerrado en un párpado carnosos, sin casi ceja, frente no muy deprimida, nariz aplastada, pómulos salientes, labio superior con honores de hocico, dientes un poco más pequeños que teclas de piano, color mejor que hictérico, amarillo de vicio, pelo negro de sartén con la aspereza exacta de la crin; lampiño el hombre, rechoncha la mujer, pero ambos escrofulosos y llenos de pupas y asquerosidades, son los componentes de una cabeza china de la clase humilde (268).

Sagaz en ocasiones: "aquí [en China] nada cambia, todo es inmutable; [...]. El pasado se sabe por el presente, el mañana puede leerse por el hoy, la tradición impera; el estacionamiento es la base de su sistema⁵⁴" (270), peca Enrique Gaspar de tres vicios: (i) eurocentrismo,

53 Desde el principio y también durante los treinta y ocho días de navegación hasta Hong Kong, Enrique Gaspar aguza los ojos sobre todo ante lo negativo. Desembarcado en Puerto Said, por ejemplo, sentencia: "El arte se acabó en Italia, para no volver a verlo." (245).

54 Más adelante insiste en ello con mordacidad: "El arte, como la existencia del chino, está sujeto a patrón" (363). Aunque asaz categórico y despreciativo, Enrique

(ii) clasismo y (iii) racismo. En el barco que hace el trayecto entre Hong Kong y Macao, lo único que evita que los chinos "se subleven al pasar por las *Islas de los Ladrones* y entreguen la tripulación a los piratas que infestan estos mares" (280) es la feroz hueste de centinelas armados. Los chinos se le antojan mugrientos, taimados, ludópatas, ostentosos, inmorales, corruptos y cicateros, a la par que patriotas, cívicos y excelentes criados, mas "no les mandes nada que esté fuera de sus deberes. [...]. El *office coolie* no te encenderá una lámpara ni tomará una escoba (296)".

Mediante el uso intemperante de xenismos, Enrique Gaspar quiere, además de garantizar su relato, ofrecer una imagen docta de sí mismo⁵⁵ y sofisticada: *caret utroque, clowns, entremets, hibuc, relevé, sarrong, tiffin*. Sobre todo abundan los sinismos, desfigurados, no obstante, hasta el extremo de dañar la inteligibilidad de algunos vocablos: *a-pin hi* 'anfión'⁵⁶, *cha* 'té', *chow-chow*, *Cug-ñam* 'virgen de la pureza', *fachi* 'palillos', *fu hio*, *Ham-ling*, *Honam*, *Hon-Kung*, *té hulón*, *ka-jin*, *Kon-ji* 'viva', *Kuan-si*, *Kuan-tung*, *Lanchan*, *ling-sen*, *ning-uo* 'nido de golondrina', *nivat* 'horquilla', *patchon* 'cohetes', *Pei-Kó*, *shalakó* 'sombrero de bambú', *Shameen*, *siut-sai*, *Suchao*, *Ton-Khin*, *yamen*⁵⁷. En descargo suyo cabe recordar (i) que no había en la época un sistema

Gaspar es sutil en lo concerniente al inmovilismo social. Más de un siglo después, incrementada su demografía en mil millones (Enrique Gaspar anota una población china "de cuatrocientos a quinientos millones" (308) a finales del siglo XIX), muchas de las costumbres detalladas en *Viaje a China* prevalecen hoy.

55 Coadyuvan también a ello las referencias y los tópicos bíblicos y grecolatinos: Adán y Eva, Selene, Argos, Lúculo, etcétera.

56 Enrique Gaspar no siempre traduce los sinismos. Los topónimos, si bien deformados por una romanización sui géneris, suelen reconocerse: *Kuan-si* 'Guangxi (廣西)', *Kuan-tung* 'Guangdong (廣東)', *Shameen* 'Shamian (沙面)', *Suchao* 'Suzhou (蘇州)'.

57 La transliteración de una misma palabra repetida vacila a veces: *Ton-Khin* y *Tonkín*, *Shameen* y *Sha-meen*, *hulón* y *Hou-lon*. Tales titubeos, no obstante, se explican por la falta entonces de una ortografía asentada para esas y otras palabras como *Cambodja*, *mandchú*, *Singapore* o *tiflón*. Muchas de las libérrimas romanizaciones de Enrique Gaspar pueden catalogarse como hápax: *fachi*, *Honam*, *Hulón*, *nivat*, *Pei-kó*. Cónsul en Macao y en Hong Kong, Enrique Gaspar estuvo más expuesto al cantonés que al mandarín o a otras lenguas sínicas. A esa lengua de China meridional parecen corresponder sus transcripciones. Así, por ejemplo, *fachi* (筷子 'palillos') se ajusta mejor a la pronunciación del cantonés *faǎizi* que a la del mandarín *kuàizi*.

científico de transcripción fonética del chino⁵⁸ y que (ii) él no fue el único escritor en perpetrar tales desaguidos. Bayo detecta incuria en los novelistas españoles hasta mediados del siglo xx, y un hecho aún más sonrojante: lapsus e incorrecciones geográficos en novelas, poemas y cuentos españoles durante los siglos xviii y xix.

Europa miraba a Asia con desdén. Por eso, no ha de extrañar que los sinismos, con cuyo intercalado, paradójicamente, el autor europeo presumía de políglota y de mundología, se transcribiesen con torpeza. Su eurocentrismo lo infatuaba y hacía que se creyese superior al asiático. Ese sentimiento de superioridad, culpable en parte de pifias como confundir Catay con Cipango o al revés (Bayo), se envisa al relato del viaje. Los viajeros europeos de la Ilustración y del Romanticismo, salvo contadas excepciones, viajaban a Asia con altanería, desdén, petulancia, curioseaban en Shanghái, Ayutthaya o Manila con racista esquizofrenia y atribuían lo saludable y positivo a la pródiga influencia extranjera: "El ejemplo de los extranjeros es lo que ha hecho que aquí [China] las mujeres se consideren últimamente más que cosas." (Oteyza 125)⁵⁹.

Hong-Kong es una maravilla. Edificada en anfiteatros sobre una peña que hace cuarenta años no tenía ni una planta, asombra el ver lo que los ingleses han hecho de ella en tan corto espacio (Gaspar y Rimbau 274).

Enrique Gaspar rezuma eurocentrismo al enumerar las maravillas de uno de los cantones de Cantón, Shamian (沙面, transcrito en *Viaje a China* como *Shameen* y *Sha-meen*), un islote arenoso al norte del río de las Perlas (珠江), a saber: el billar y la biblioteca del club inglés, el teatro del club alemán, jugar al cricket, "sport verdadero" (358), y apostar en el hipódromo.

58 Para el chino mandarín, Thomas Francis Wade inventó a finales del siglo xix el sistema de romanización *Wade-Giles*, perfeccionado años más tarde por Herbert Allen Giles. El *pinyin* (拼音) se creó en la década de 1950. El *jyutping* (粵拼) para el chino cantonés data de 1993.

59 Luis de Oteyza, periodista y poeta español del Modernismo, conocía Asia *in situ*, o al menos China, Filipinas y Japón. Escribió un libro de viajes sobre el Imperio del Sol Naciente: *En el remoto Cipango. Jornadas Japonesas* (1927).

Las cosmovisiones etnocentristas son terreno abonado para estas barbaridades. Tal vez (sería osado rebasar la conjetura) todas las sociedades, civilizaciones y culturas adolezcan de esa tara: adocenación del otro, lo ajeno en constante agravio comparativo con lo propio. Si el etnocentrismo fuese una tendencia universal, el eurocentrismo de los libros europeos de viaje paralelaría o se condeciría con el sinocentrismo de los libros chinos de viaje. Para resolver la duda habría que confrontar los libros de viaje de ambas tradiciones, rastrear denominadores comunes (tentativas de explicación de lo novedoso, metáforas con que se aclaran las incógnitas de la realidad meta), y corroborar si obras como *Yingya Shenglan* (瀛涯勝覽)⁶⁰ patentizan un sentimiento de superioridad análogo al observado en los libros de viaje occidentales. Ello excede los límites y el propósito de este capítulo.

Es difícil adargarse contra el etnocentrismo, y mucho más, una vez instalado en la retina, precaverse (o desembarazarse) de él. El entorno posiciona al individuo, lo dota de punto de vista y coordenadas, de una perspectiva geográfica y sociocultural: lo centra. Afecta a todos, a viajeros, a autores de libros de viaje, a quienes estudian esos libros y a esos viajeros. Martín Rodríguez, por ejemplo, camina por la cuerda floja del etnocentrismo al presuponer que el contacto entre España y China había sido unidireccional a lo largo de la Edad Media, de España hacia China y nunca a la inversa. La lectura y el estudio de relatos de viajeros chinos medievales impugnaría esa opinión suya y lo que acabaría revelándose unidireccional sería no el intercambio entre España y China, sino el prisma del investigador. La literatura china de viajes antes del siglo xx, ciertamente, no había sido tan fecunda como

60 Libro que relata los viajes del almirante musulmán chino Zheng He (siglo xiv), cuya talla es homologable a las de Marco Polo e Ibn Battuta. Lo escribió Ming Mahuan (明馬歡, siglo xiv), traductor de la dinastía Ming y compañero de Zheng He en tres de sus siete expediciones transoceánicas. Junto con la *Odissea* y *El libro de los animales* (كتاب الحيوان) de Al-Jahiz (الجاحظ) (siglo viii), pudo valer de inspiración a los viajes de Simbad el Marino de *Las mil y una noches*. Avalan esta hipótesis (i) la similitud fonética entre Simbad (سندباد) y el apodo de Zheng He: Sanbao (三宝), así como (ii) la coincidencia en el número de viajes de ambos: siete. En el siglo xvi, Luo Maodeng (羅懋登), escritor de la dinastía Ming, barajando registros históricos y fabulaciones, compuso la novela *Los viajes por los mares occidentales del eunuco Sanbao* (三寶太監下西洋記通俗演義).

la occidental⁶¹, pero ello no basta para negar de refez una comunicación sinohispánica recíproca durante el Medievo.

No es *Viaje a China* la primera crónica española sobre Asia. Siglos atrás Benjamín de Tudela (siglo XII), Ruy González de Clavijo (siglo XV) y Pero Tafur (siglo XV) habían descrito partes de esa parte del mundo⁶². Ruy de Clavijo escribió el libro de viaje medieval español por excelencia⁶³: *Embajada a Tamorlán*, en el que cuenta su misión diplomática a Samarcanda (1403-1406), a la corte del Gran Kan Tamerlán, como embajador de Enrique III.

Entre los siglos XVI y XVII también los misioneros produjeron abundante documentación sobre Asia y China. El agustino Martín de Rada, el jesuita Diego de Pantoja, el franciscano Antonio Santa María Caballero y los dominicos Juan Cobo y Domingo Fernández de Navarrete testimoniaron la realidad social, política, educativa, geográfica, lingüística y sobre todo religiosa del imperio chino.

A Enrique Gaspar también se le adelantaron dos coetáneos suyos: Sinibaldo de Mas (1809-1868) y Adolfo de Mentaberry (1840-1887). El primero viajó por China a destajo, aunque con discontinuidad, durante ocho años, e inauguró en 1847 el puesto de embajador español en Pekín; el segundo asumió en 1869 ese mismo cargo. Sinibaldo, Mentaberry y Enrique Gaspar eran románticos con pruritos ilustrados, bipolaridad en absoluto rara, sino hartó común en el siglo XIX entre literatos e intelectuales españoles. La Ilustración hizo entrar en razón al viajero y morigeró las efusiones imaginativas de los libros de viaje: apaciguó la maravilla, atemperó los horrores. El Romanticismo

61 Los relatos chinos de viajes no imaginarios empezaron a aflorar a mediados de la dinastía Tang (siglos VII a X), pero no proliferaron hasta la dinastía Song (siglos X a XIII). Antes de eso, en los libros chinos de viajes predominaba la fantasía y no eran fuente de información veraz (孟 Meng).

62 Huelga decir que en la Edad Media hubo también libros españoles de viajes imaginarios como *El libro del conocimiento* (siglo XIV) e *itineraria* o peregrinaciones a Tierra Santa como *Fazienda de Ultramar* (siglo XIII) (García Sánchez).

63 Quizá fray Alonso Páez de Santamaría, embajador como Clavijo de Enrique III ante el Gran Kan, ayudó en la redacción. Pero Tafur en su *Tractado de las andanças e viajes de Pero Tafur* sugiere que hubo un tercer coautor cuyo nombre tapa o ignora.

avivó de nuevo esos (d)efectos⁶⁴. A caballo entre la expedición y la andanza, los libros de viaje decimonónicos españoles concilian como ningún otro género la sobriedad ilustrada y la disipación romántica.

A priori, la figura del viajero parece hecha a medida del Realismo literario: el viajero curiosear, se percata y anota. Empero, la literatura no tumba la realidad y la disecciona, sino que el autor (cada autor) expone sin remisión una realidad particular y única: la suya (por lo tanto, sesgada), distinta de cualquier otra. Ni siquiera el Realismo del siglo XIX da la talla auténtica de lo que es o de lo que sucede. El orden narrativo y la adjetivación, por ejemplo, subjetivizan el relato, puesto que proceden del sujeto sensible que percibe y no del objeto percibido. Sacar instantáneas de un segmento de realidad, por ende, no cabe (ni puede hacerse caber) en ninguna relación: orden y adjetivo mueven la imagen. En sentido estricto, la literatura realista, además de suponer *contradicto in adiecto*, es una farsa, a veces representada, eso también, con gracia.

La del viajero se corresponde mejor con una figura de honda raíz romántica: el nómada⁶⁵. Según Théophile Gautier (cit. en Chang), el nomadismo que pone en marcha e incita a marcharse, visible en Humboldt y en Alí Bey, aunque también en románticos extemporáneos como Ibn Battuta, lo originan nostalgias inversas. Tales nostalgias forjan el carácter errático del nómada. A su regreso después del viaje, el nómada es incapaz de reasentarse. Radicado en su país natal o en un mismo lugar por tiempo prolongado, se sume en un marasmo

64 Aun cuando los libros de viaje nunca han dejado de ser literatura, durante la Ilustración, efectivamente, alcanzaron notables cotas de rigor científico. Con el Romanticismo, empero, volvieron a las andadas, el paisaje se idealizó y la exactitud sucumbió en beneficio de la evocación.

65 De ahí el magnetismo que ejercían en los románticos los libros de caballerías y leyendas como la de Ahasverus, judío errante, Juan de los Tiempos o Samar, a quien Dios condenó a vagar hasta la parusía o segundo advenimiento. Ahasverus personifica la maldición de errar por toda la eternidad. No hay consenso sobre la razón de su castigo: por haber fundido el becerro de oro, por injuriar, golpear o negarle un vaso de agua a Jesús camino del Gólgota, etcétera. En cuanto a los libros de caballerías, obsérvese que el epíteto *andante* de los héroes caballerescos no puede ser más elocuente: "nunca tomaba folgança en ninguna parte [...], que nunca su tiempo en otra cosa passava sino andar de unas partes a otras como caballero andante" (Rodríguez de Montalvo 243).

de desafección, incomodidad y angustia vitales. Errabundos aquejados de tales nostalgias inversas han escrito algunos de los mejores libros de viaje.

E yo, avido respeto que, allende de otras causas, la tregua fecha entre nuestro señor el rey Don Juan e los moros nuestros naturales enemigos, me podía dar lugar e otorgar tiempo, para que yo visitase algunas partes del mundo (Tafur 15-16).

España llegó tarde a la Ilustración y cuando quiso darse cuenta se había aposentado el Romanticismo⁶⁶. De ahí que autores como Sinibaldo, Mentaberry y Enrique Gaspar conjuguen ciencia y artes esotéricas, oscilen entre la luz de la razón y la del plenilunio, se debatan. Empero, sus casos no deben equipararse a los de Alí Bey o Humboldt. No fueron nostalgias inversas ni ansias de gloria o de aventuras lo que los consagró al viaje, sino algo mucho más prosaico: la carrera consular.

Sinibaldo había vivido en Filipinas antes de mudarse a China. Políglota, de espíritu bonancible y movedizo, su visión de China y de los chinos bascula entre la crítica y la veneración. Fue el más sinólogo de los tres y un entusiasta del Celeste Imperio, lo cual contrasta con su mesurado discurso. Sinibaldo admira la fiabilidad, el esfuerzo y la abnegación de los chinos, y pondera la plasticidad de la lengua china, cuyos sinogramas le inspiraron un sistema logográfico de escritura universal que no cuajó⁶⁷. En el apartado de horrores, lamenta el infanticidio, el concubinato y el caos imperante entre 1850 y 1864, durante la Rebelión Taiping (Martínez Robles).

Mentaberry no tiene piedad con China. En *Impresiones de un viaje a la China* execra el budismo y abomina de la música china, a la que califica de monótona e inarmónica, un antídoto contra el

⁶⁶ *Grosso modo*, mientras el viajero ilustrado alecciona, esto es, ilustra, el romántico trata de restaurar la armonía cósmica y reintegrarse en ella. El viaje romántico derriba la barrera entre ser humano y naturaleza; el ilustrado la fortifica.

⁶⁷ Descrito en *L'Ideographie* (1844), obra suya publicada en Macao.

insomnio⁶⁸. Con todo, sus *Impresiones* son cándidas si se comparan con el cáustico, adusto y bilioso *Viaje a China* de Enrique Gaspar. El Oriente de los libros de viaje europeos era un sueño de Occidente, delirante y colectivo, mucho antes de que Edward Said escribiese *Orientalismo*⁶⁹. La fascinación por China y Asia deriva de la exotiquez con la que los occidentales habían pintado Oriente. Allí vivían los magos y se practicaba la magia, hombres enjutos ejercían su gobierno sobre el fuego, volaban las alfombras y había tantas maravillas que todavía sorprende que Alicia no encontrase pagodas chinas al otro lado del espejo o que la reina roja no fuese emperatriz roja de ojos elípticos.

El exotismo mitifica, mixtifica, socava la realidad y arruina la coherencia de la descripción, de la pintura o del relato. Los europeos viajaban a Oriente como césares, adoptaban la mirada cenital y el mohín condescendiente de los entronizados. Vista desde arriba, la realidad meta se simplifica a escalas comprensibles: a bazar de prodigios o de monstruosidades.

El viajero prefigura el viaje o lo realiza antes mentalmente. El viaje tiene lugar primero en su cabeza: un viaje mental a territorios inverificables. Enrique Gaspar esperaba encontrar a Confucio, a Mencio, a Laozi y a otros sabios chinos, la plétora de maravillas referidas por sus precursores: templos, pagodas, concubinas, daifas danzarinas, copas de néctar siempre rebosantes, "ancianos venerables de luenga barba blanca viendo volar pintados pajarillos". La realidad meta que Enrique Gaspar ahormó en su imaginación con moldes de "lujo, limpieza y silencio" (Gaspar y Rimbau 267), sin embargo, se le reveló *in situ* invertida: miseria, suciedad y griterío.

Cuando desde Europa se le ocurre a uno pensar en China, se la representa en su imaginación como un inmensa tela de esos abanicos

68 Opinión que secunda e hinche Enrique Gaspar al tildar de horrísona la música china y comparar los instrumentos musicales chinos con los de tortura.

69 El orientalismo decimonónico español prefiere lo árabe o lo arábigo, por lo que no se adentra, ni se aleja, ni supone en realidad orientalismo alguno. Lo árabe, lo arábigo y lo español son en cierto modo indisociables: el artista español que pinta con arabescos acaba retratándose en el cuadro.

que llegan allí del Celeste Imperio. Por lo menos así me la forjaba yo⁷⁰. Por todas partes verdes praderas como la esmeralda, salpicadas de flores rojas y azules; en medio de aquellas limpias sábanas de verdura, casitas con su agalerada techumbre, flanqueadas de kioscos en forma de parasoles superpuestos, con su campanilla correspondiente al extremo de cada radio; el arqueado puente como la joroba de un camello tendido sobre un riachuelo transparente que refleja los vivísimos colores del junco al deslizarse por su superficie; a la puerta, en forma de una O, de la casa, ataviadas damas con sus bordados trajes de seda y diminuto pié departiendo tranquilamente con gallardos mancebos envueltos en tálares túnicas de recamo de oro, y saboreando una taza de té; [...]. Cerremos el abanico y abramos la puerta del hoy imperio tártaro. Vas a ver el desengaño que nos espera⁷¹ (266-267).

Poco después de desembarcar, Enrique Gaspar se encoleriza: "¡Horror! ¡Abominación! ¿Y para esto he empleado treinta y ocho días y me he expuesto a las contingencias de un viaje de tres mil leguas?" (280). Su descripción se precipita acto seguido sobre la fealdad de las casas donde los chinos viven hacinados, como bestias de corral, envueltos por la peste a estiércol que inunda las calles, astringe el aire y vuelve la atmósfera irrespirable.

Ante la realidad, el viajero meta no adopta (raro sería lo contrario) una perspectiva autóctona o émica, sino ética⁷², es decir, alóctona, cuyo signo es la incomprensión, o una comprensión, en el mejor de los casos, relativa, si no restringida. No comprender lo que se ve, nubla la vista y distorsiona la escena. Los juicios y las representaciones del viajero sobre la realidad meta, al no formar él parte de ella, son

70 Esa China soñada e idealizada por Enrique Gaspar es abigarradamente material y frívola: sillerías de tamarindo, ébano nacarado, orfebrería, porcelanas, sedas, arcones de sándalo.

71 China fue, en efecto, un desengaño y pronto la aborreció: se rompió el hechizo y Enrique Gaspar quedó desencantado. Sin espacio para la reconciliación, tras su regreso a España, temió con horror otro consulado en Oriente. Gracias a sus cabildeos burló esa suerte y lo destinaron a Santa María de Olorón, en el suroeste de Francia (Poyán).

72 Términos que derivó el lingüista Kenneth Lee Pike mediante la áferesis de *phonemics* y *phonetics* (Birx).

externos y aparentemente opuestos, por cuanto alternativos, a los que emitiría alguien oriundo de esa realidad. Un explorador occidental del siglo XVI, verbigracia, ordenando en el eje angular como criatura demoníaca lo que los aborígenes malayos ordenaban en el eje radial como ganado: el tapir.

La paradoja, observable en Enrique Gaspar tanto como en otros viajeros, estriba en la presunción de comprender y saber explicar(-se) lo que se ha visto, es decir, poder tender puentes de comprensión entre la realidad meta y quienes deseen conocerla, ya que no *in situ*, de oídas o a través de la lectura. Es por ello por lo que no rara vez el viajero vuelve de la realidad meta orondo, ufano, proclamándose experto en ella. Enrique Gaspar se gloria de sinólogo y versado en etiqueta, costumbres y artes chinas, y no pierde oportunidad para interpolar conferencias sapienciales sobre el té, el opio, etcétera. El opio "que embrutece al hombre y le acorta la vida, no ha podido ser desterrado" del Imperio Celeste y él lo denuncia con agrura, pero callando tendenciosamente (no es plausible que lo ignorase) que fueron los británicos quienes introdujeron a la fuerza "este horrible vicio" en China (351). Con el té se extiende: "El chino no usa el agua como bebida; el consumo, por lo tanto, de *cha*, es incalculable; no le ponen jamás azúcar, ni emplean más que el negro" (344). Después de haber tomado té en unas pocas casas de Macao, Hong Kong y Cantón⁷³, adonde lo habían invitado por su calidad de cónsul, Enrique Gaspar paralogiza que en China no se bebe otro té que el negro, lo cual es tan taxativo como necio.

Por más que don Quijote prometa que "el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho" (Cervantes 421), la verdad es muy otra: los viajeros y los lectores que vuelven tal como se fueron, sin una gota de renovación en la mirada, superan con creces a los que regresan renovados o (al menos) purgados de prejuiciados.

73 Aunque de China conoció *in situ* sólo estos tres territorios: Hong Kong, Macao y Cantón, es decir, apenas un bosquejo (Hong Kong y Macao, además, eran a aquella sazón colonias británica y portuguesa), Enrique Gaspar no renuncia a hablar de Pekín porque "El que haya visto una población china las conoce todas; [...]. Casas hechas de un ladrillo gris azulado [...]; en el interior una zahúrda [...] El de muladar es el carácter distintivo de los barrios celestiales" (360).

Amante de la escena y dramaturgo, Enrique Gaspar analiza el teatro chino y lo aminora a circo: batiburrillo de ejercicios gimnásticos, artes marciales y acrobacias. Desconocer el género y la tradición teatrales chinos, así como la estructuración de las obras, los procedimientos escénicos y escenográficos, el trasfondo de temas y personajes o los idiomas, no lo refrenan y dictamina con saña y demolición: "los entremeses modernos son, en su mayoría, obscenos y repugnantes, pintura fiel y exacta de sus [de los chinos] costumbres" (Gaspar y Rimbau 304). Luego, ciertamente, se consuela con que "existen obras antiguas de un delicioso carácter y de una intención filosófico-social del mejor cuño" (305). Sabidos su apego al tópico *aurea aetas* y su idealización a ultranza del pasado en *El anacronópete* (Lamarti 2019), no hay riesgo si se apuesta a que Enrique Gaspar ameritaba esas obras por su antigüedad.

4.2. EL LIBRO DE LOS HORRORES DE ENRIQUE GASPAR Y RIMBAU

Los libros de viaje hasta el siglo XVIII se decantan hacia el polo *mirabilis*. El horror convive en armonía con la maravilla, en efecto, pero verbalizado, por lo común, con laconismo, como ocurre en *Comentarios*, donde el asendereado Cabeza de Vaca denuncia sin acusar, por medio de cautelosas insinuaciones, la depravación de ciertos frailunos que raptaban indias en el Paraguay para hacerlas esclavas sexuales suyas.

Viaje a China representa un caso cuando menos atípico dentro del género de la literatura de viajes: escora hacia el polo *horribilis* del eje angular. Contrariado, desilusionado y (a lo último) furioso ante el derrumbe de la China irreal con la que había fantaseado, y presa a la sazón de la truculenta China real en la que vive, Enrique Gaspar destapa la caja de los horrores y relata con crudeza el horripilante espectáculo a que asiste a diario, recalcando lo feo, grosero y aberrante para que no quepa dudar de la repulsiva realidad que describe.

Conviene aquí incidir una vez más en la vertiente ficcional de la literatura de viajes y apercibirse de las pretensiones literarias de *Viaje a China*. Desde el comienzo, Enrique Gaspar está dispuesto a sacrificar la verdad en nombre de la literatura, lo cual, sin ser reprehensible, obliga

a extremar las precauciones y a desconfiar de la veracidad de lo que cuenta o relativizarlo⁷⁴.

A las diez en punto de la mañana del 11 de Agosto, el vapor Tigris, de las Mensajerías Marítimas, largó sus amarras, y como flecha salida del arco, se desprendió de Marsella con rumbo al extremo Oriente (Gaspar y Rimbau 229).

Se dijo arriba que los horrores en la literatura de viajes afloran en el eje angular del espacio antropológico y no hay razón para reconsiderarlo. Ahora bien, salvo excepciones, los horrores que experimenta Enrique Gaspar son producto de su interacción con los nativos de la realidad meta, lo que *a priori* aconsejaría ordenarlos en el eje circular. Bueno Martínez, anticipándose a esa tesitura, incluyó *númenes humanos* en su clasificación. Los accionadores humanos de numinosidad negativa en *Viaje a China* pertenecen a un ámbito antropológico antípoda⁷⁵: el del otro. Foco de incompreensión y de misterio, el otro es potencialmente numinoso. Ibn Battuta brinda al respecto un acabado ejemplo cuando traba conversación con un eremita chino de más de doscientos años.

Eres testigo de un portentoso: ¿recuerdas el día de tu llegada a la isla en que había un templo y el hombre allí sentado entre los ídolos que te entregó diez dinares de oro? Respondí: "Sí". Entonces agregó: "Aquél soy yo". A lo que besé su mano. El anciano meditó un cierto lapso de tiempo, luego entró en la cueva y ya no salió con nosotros (Ibn Battuta 728).

74 Conocedor del oficio de escritor y muy consciente de sus pulsiones, Enrique Gaspar prevé las críticas de los escépticos y se acoraza: "Es tan inconcebible lo que voy a contarte y tan frecuente en los escritores el inventar por producir efecto, que [...] creo de mi deber repetirte bajo palabra [...] que estas correspondencias no tienen otro mérito que el de la exactitud." (308). Páginas adelante (sin que le tiemble el pulso) insinúa que la antigua costumbre de enterrar a los cresos con dos o tres criados vivos podría seguir vigente en algunos lugares de China.

75 En tal ámbito antagónico, más que interacción, se generan (i) fricciones y sobre todo (ii) ficciones.

Ibn Battuta se asombra con lo que su truchimán le dice que va diciendo el anacoreta. Dejando a un lado la edad del anciano, el asombro de Ibn Battuta se ordena en el eje angular del espacio antropológico: lo suscita un ser humano numinoso. La razón de su numinosidad, no obstante, admite discusión. Esquerrá Nonell lo califica de "primer retrato vivo conocido de un monje taoísta que nos llega a Occidente" (438). El taoísmo concuerda con el sufismo, por lo que Ibn Battuta, conocedor del misticismo musulmán, tan versado como el taoísmo en las artes adivinatorias y el lenguaje enigmático, no tendría causa para asombrarse ni para mirificar⁷⁶. El misterio crea la sorpresa. Al no cumplirse esta premisa esencial, se colige del asombro de Ibn Battuta que aquel asceta no se asemejaba a los sufíes. Esa falta de semejanza, ciertamente, pondría en jaque la teoría de Esquerrá Nonell, es decir, la idiosincrasia taoísta del personaje; sin embargo, cabría otra conjetura: Ibn Battuta podría haberse sorprendido al confirmar sus convicciones religiosas o filosóficas en alguien de sus antípodas geográficas y culturales.

Para Enrique Gaspar el chino es el otro, y, por cuanto antagonista suyo, lo reputa de incivilizado: "La morigeración de este pueblo, en lo que a costumbres públicas se refiere, es ejemplar. ¿Será la civilización el germen de nuestros vicios? Creamos que no, y pasemos adelante." (323).

Percutores del eje angular, el misterio y la novedad crean o estimulan la sorpresa. Con todo, los libros de viaje a menudo refieren como nuevos o misteriosos aspectos y cosas de la realidad meta constatables (pero al parecer no constatados) en la realidad origen. Diríase que el viajero avizora en la realidad meta mucho más de lo que acostumbra en la realidad origen. Solo así se entiende que Enrique Gaspar condene en China los matrimonios concertados, la prevaricación de títulos o la degradación de la mujer, "envilecida en el Celeste Imperio"

76 Como todo misticismo religioso, el sufismo y el taoísmo buscan trascender la realidad fenoménica o rebasarla. La vía y el conocimiento místicos se orientan hacia aquello que estando oculto puede llegar a intuirse y a vislumbrarse a través de la ascesis. Los textos sufíes y los taoístas discurren sobre ideas afines: Unidad, Unión, Totalidad, Absoluto, Misterio; unos y otros giran, además, en torno a la misma imposibilidad: la de verbalizar la experiencia anagógica (Izutsu).

(316), como si en Europa tales lacras fuesen inauditas, inconcebibles, o en el peor de los casos, extravagancias.

Le indigna que a los chinos no les interese la historia de otros pueblos, sin inmutarse, en cambio, por cuán poco importa a los europeos la historia de China. Él mismo queda en evidencia al mofarse del general de Cantón por ubicar España al lado de Perú e ignorar líneas adelante que una de las guarniciones militares, cuyas maniobras presencia desde el palco de honor, la forman jinetes mongoles, "que montan y desmontan a la carrera" y cuyos caballos se le antojan con supina inverecundia "una rata gorda" (375). Páginas atrás había escarnecido la ciencia de los chinos: "la sabiduría de los celestes se reduce a conocer el mayor número de signos de que se compone su escritura, las máximas de Confucio y Mencio, y la genealogía de sus monarcas" (289):

Sabiendo las máximas de Confucio, los comentarios de Mencio, la cronología de los emperadores y contar hasta diez mil, sale de allí [de los exámenes imperiales] un hombre con aptitud para general, almirante, presidente del Supremo (372-373).

En el Golfo de Adén comienza a ladear *Viaje a China* hacia el horror. El barco en el que viaja Enrique Gaspar "se ve rodeado por infinidad de barcas, tripuladas por seres que parecen monstruos del Averno". Enseguida lo abordan "hordas salvajes de aspecto aterrador, color de ébano, ojos inyectados en sangre, pelo crespo, sonrisa infernal, alaridos de fiera". Ejemplo diáfano de animalización del otro, hasta los niños se le figuran "monos; como el simio, rechinan los dientes, y como él tienen los pies y las manos aplastadas, y muy largas las falanges" (252).

Es en el Celeste Imperio, sin embargo, donde el horror alcanza su apogeo o lo sobrepasa: "en China no hay amor" (308) ni "nada bien concluido" (363). Enrique Gaspar detecta allí una falta nefanda de higiene, tanto física como espiritual: los chinos son supersticiosos y sucios. Con acrimonia, censura la superstición, "base de esta sociedad [China]", por cuyo perverso influjo algunas madres, "considerando como un castigo celeste el no tener sino hijas, las matan, por aplacar

el enojo divino" (308), pactan con curanderas como con el diablo, etcétera.

Si joven [la hija] aún, cae enferma, in articulo mortis la madre la vende a una curandera, que se encarga de cerrarle los ojos y sufragar su entierro; pero si sana, la empírica, que a su profesión agrega el oficio de zurcidora de voluntades, queda dueña exclusiva de la infeliz (309).

Lo exaspera que sobre las camas "hay colgados infinidad de amuletos, acusadores de la superstición que los domina" (351). Por supuesto, no se fija en que tales amuletos cumplen la misma función encantadora que las cruces en las cabeceras de las camas españolas, a las que jamás, excusa decir, tacharía de filacterias o fetiches ungidos por la superstición.

Si tal falta de higiene espiritual lo descorazona, no menos lo atafaña la falta de higiene física de los chinos. China es una hecatombe para los sentidos: "Todo aquí es vergonzante y rudimentario; [...] las frutas no son ni agrias ni dulces, pero sí insípidas; los instrumentos músicos carecen de sonoridad, su ruido es *mate*" (307-308). Padece a diario la fetidez masiva que invade las calles de China y que los europeos motejan "con el nombre genérico de *olor de chino*" (268), la música china suena a coque en sus oídos, ver a los chinos comer es un tormento: "La manera de devorarlo [el arroz], pues no puede decirse que lo coman, es nauseabunda" (349). Con apostillas sarcásticas pretende también hacer cómplice al lector de sus juicios: "calcula los purgantes que ha debido uno tomar hasta acostumbrar el estómago y la vista" (271), y, al cabo, lo desafía a imaginar el suplicio que entrañaría comer lo que ellos comen:

Aquí no se desperdicia nada. La carne de perro y de gato se vende públicamente; a la de ratón y toda suerte de animales inmundos se le da caza en el propio domicilio. Sé que voy a extralimitarme poniendo a prueba el estómago de tus lectores [...] Para el chino pobre, peinarse es un banquete. De ese modo pretenden que recuperan la sangre que el *insecto* les ha chupado (349).

No se sabe a quién ataca, si a los chinos, si a los portugueses o si a ambas razas a la vez, cuando caricaturiza la fealdad del mestizo sinoluso macaense: "Imagínate un *bull-dog* con vestimentas humanas, y te quedas atrás" (283). Luego, pone en guardia contra los horrendos espectáculos que amenazan a quienes se aventuran por las calles cantonesas:

Tantos y tan repugnantes comercios bajos que, ora detienen la marcha del transeúnte con un buey o un cerdo abierto en canal junto a la carcomida tabla anunciadora: ya le salpican el rostro con la sangre del pescado que cortan a rebanadas; o provocan sus náuseas, en fin, con la exhibición de verduras en salmuera, salazones de especies desconocidas, gusanos de seda sacados de las perolas de las fábricas de filatura para ser comidos con arroz, hierro enmohecido, festines de animales al aire libre, dentistas ambulantes revestidos de rosarios de muelas, barberos que sacuden sus navajas sobre los circunstantes, hombres desnudos que, con sus amarillentas manos provistas de largas y negras uñas, sacan de las vasijas los manjares que aquel pueblo fámelico devora con avidez; ciegos en filas de seis y ocho tocando campanillas para no ser atropellados por la muchedumbre, medingos con úlceras y escrófulas que sólo se creen viéndolas, truhanes, agoreros, jugadores de dados y fumadores de opio. Este es el Cantón típico: miseria, basura, abyección (363-364).

Copiosa fuente de numen negativo y de horrores es el sistema chino de castigos, suplicios, torturas, mortificaciones y ejecución de la pena capital:

Se flagela hasta la muerte; se divide viva en setenta y cinco trozos a la mujer adúltera; se estrangula a los cómplices atándoles una soga al pescuezo y tirando un verdugo de cada uno de los cabos; se tritura liando al reo con una cuerda y oprimiendo el cable a merced de un torno; y se decapita, por último, a gusto del consumidor (384).

Más inhumanos que el ecúleo, el tormento de agua o la garrucha con los que la Inquisición española logró la excelencia en el arte de la

tortura, tales métodos chinos de martirio se postulan en *Viaje a China* como culmen del horror. Enrique Gaspar, cierta o fingidamente hastiado, zanja con ellos su inventario de desasosiegos y se despide del lector aprisa: "Después de referir tantos horrores, quisiera concluir con una frase de consuelo. Ya di con ella: No hablemos más de Cantón" (385).

Sería inexacto, acaso también injusto, decir que en *Viaje a China* nada efunde numen positivo. Enrique Gaspar ensalza el civismo de los chinos: "Cuatro días de fiesta: ni una borrachera, ni un robo, ni una disputa" (333), y lo obnubilan las pagodas de bambú de las que "penden millares de lámparas y objetos de adorno, cuyo peso maravilla que puedan resistir unos soportes tan débiles en apariencia" (324). Ahora bien, incluso cuando alaba el gusto, el ingenio y la destreza de los chinos, termina casi siempre afeándolos con una coda que relativiza (sin escatimárselo) el encomio: "Es la primera vez que he visto realizado el esplendor de mi China soñada [...] Desgraciadamente el encanto huye con sólo fijarse en el sucio porte de la concurrencia. No hay compensación." (325). Ante la camelia de Cantón "cuya forma es una verdadera maravilla" (370) se conmueve. Es la única vez que la naturaleza (y no el artificio humano) lo emociona. Cantón es un jardín inmundo con una flor maravillosa.



El viaje ha instruido al ser humano y lo ha favorecido. No habría llegado hasta aquí sin moverse de lugar. La metáfora conceptual LA VIDA ES UN VIAJE, presente en la mayoría de las lenguas naturales y fundamento del tópico universal *vita est peregrinatio*, atestigua la dimensión y el peso del viaje en las culturas. El viaje es un dominio meta versátil y muy productivo, vehicula numerosos dominios origen. Todo lo que tenga un punto de partida, un itinerario y un destino puede asimilarse a un viaje: LEER ES VIAJAR. Comparar la lectura con el viaje, algo propio de campañas publicitarias o panegíricos a favor de la lectura, no falta en modo alguno a la verdad, puesto que (i) un libro consta de principio, recorrido y final, y (ii) quien lee, en efecto, se desplaza y visita: realiza un viaje. Los alumnos de Amalfitano en *Los sinsabores*

del verdadero policía habían comprendido "que lo más importante del mundo era leer y viajar; tal vez la misma cosa" (Bolaño 149). Viaje y literatura se retroalimentan.

La lectura no sólo es comparable al viaje, sino que puede asimismo motivarlo: libros de viaje con cuya lectura se han forjado novelistas, y al revés, escritores de libros de viaje que crecieron libando novelerías. Autores contemporáneos como Luis Sepúlveda (*Patagonia express*) o Alberto Vázquez-Figueroa (*La ruta de Orellana*) se iniciaron en los viajes con novelas de aventuras, leyendo que los palmerales de la bahía de Bintuni, por ejemplo, tamizan la luz del atardecer.

Las descripciones de los libros de viaje siguen la máxima de Epicteto: visibilizar lo nuevo comparándolo con lo familiar. Lo nuevo extraña la mente y la extravía. Por eso hay que crear metáforas a fin de romper el encantamiento y atenuar la distancia entre los objetos (Lamarti 2016): *agujero de gusano*, *El Dorado*, *pájaro abeja*, *pomarrosa*, *Tierra de Fuego* o *tormenta de arena* surgen de ese contraste entre lo exótico y lo conocido. La metáfora *pájaro abeja* vuelve visible al colibrí, es decir, proyecta una imagen asimilable en la mente de quien lee o escucha el relato. Las metáforas de los libros de viaje, predominantemente visuales, acercan los paisajes y a la acción: colocan al lector en la escena para que participe de la experiencia del viaje. Pedro Tafur compara las pirámides de Egipto con diamantes bocarriba; Ruy de Clavijo describe por comparación a la hurí favorita de Tamorlán y la exuberancia de los zocos.

El ser humano contempla las novedades del mundo con arrobos, las ordena en el eje angular y las desnaturaliza: el tucán en la rama, fuegos fatuos, la pestífera *Rafflesia*. Ello lo diferencia (quizá) de los otros animales. El plenilunio no conmueve al lobo, el oso no se conmueve bajo la cascada. Acaso el perro ladra a lo que ladra y no a la luna. El lobo que aúlla a la luna podría ser una invención.

La literatura es algo común a pueblos y culturas. La lengua tarde o temprano la produce. El origen de la literatura de viajes se remonta al de la literatura misma. He ahí que la novela (del latín *novellus* 'novedoso', diminutivo de *novus* 'nuevo') y el libro de viaje traen nuevas e informan de novedades, cuya veracidad, por cierto, es lo de menos, porque en ambos prima una de las mitades de Horacio: el entretenimiento.

Comparar lo exótico con lo propio suscita a partes no siempre iguales extrañamiento e indiferencia. La segunda, por inocua, no deja huella. El extrañamiento (en ocasiones lisérgico) funda el eje angular del espacio antropológico y libera el numen dador de (i) las maravillas (numen positivo y atrayente) y de (ii) los horrores (numen negativo y repelente) de los libros de viaje. A diferencia de la mayoría de autores de relatos de viajes, Enrique Gaspar y Rimbau fue más sensible al numen de signo negativo que al de signo positivo: su *Viaje a China* es una crestomatía del horror.



Durante su hazañosa expedición al otro lado de la calle, el gato de *Yo, el gato* compara también lo nuevo con lo suyo; novelas como *La guerra del fin del mundo*, *El amor en los tiempos del cólera* o *Estrella distante* narran viajes que podrían ser reales si no fuesen tan a ciencia cierta ficticios. El febricitante protagonista de *Lolita*, verbigracia, se embarca en un periplo naturalista al Ártico con un grupo heterogéneo de científicos: meteorólogos que persiguen el escurridizo polo norte magnético, botánicos que recogen plancton, zoólogos que estudian el pelaje del zorro polar. Habrá quienes arguyan que la presencia en el barco de un carpintero de edad proveya, así como no especificar las virtudes (para colmo asombrosas) del pelaje del zorro polar mina la verosimilitud de la misión. Tal vez sea así, pero hasta los más suspicaces deberán admitir que el hurto de información se da en las novelas tanto como en los libros de viaje, entre otras cosas, como añagaza narrativa para afiebrar la imaginación de los lectores. Sobra decir que la pertinencia en el Ártico de un carpintero, por provecho que sea, está fuera de toda discusión, cuánto más a bordo de un barco.

BIBLIOGRAFÍA

- Abu Hamid al-Garnati. *El regalo de los espíritus*. Madrid: CSIC. 1990. Impreso.
- Acosta, Vladimir. *Viajeros y maravillas*. Caracas: Monte de Ávila Latinoamericana. 1993. Impreso.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta. 1998. Impreso.
- Alburquerque, Luis. "Los libros de viajes como género literario". *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid: CSIC. 2006. 67-87. Impreso.
- Anónimo. *Las mil y una noches. Tomo II*. Barcelona. Planeta. 2000. Impreso.
- Aquino, Tomás de. *Sobre la eternidad del mundo*. Madrid: Ediciones Encuentro. 2002. Impreso.
- Bayo, Manuel. *Referencias chinas en la literatura española contemporánea*. Taipéi: Central Book Publishing CO. 1991. Impreso.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La vuelta al mundo de un novelista*. Barcelona: Planeta. 1958. Impreso.
- Beltrán, Rafael. *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València. 2002. Impreso.
- Bey, Alí. *Viajes por Marruecos*. Barcelona: Debolsillo. 2009. Impreso.
- Birx, Harry James. *Encyclopedia of Anthropology*. New York. SAGE Publications. 2006. Impreso.
- Bolaño, Roberto. *Los sinsabores del verdadero policía*. Barcelona: Debolsillo. 2018. Impreso.
- Borges, Jorge Luis. *El libro de los seres imaginarios*. Barcelona: Destino. 2007. Impreso.
- . *Miscelánea*. Barcelona: Debolsillo. 2011. Impreso.
- Bueno Martínez, Gustavo. "Sobre el concepto de espacio antropológico". *Basilisco*. 5. 1978. 57-69. Web.
- Camacho Delgado, José Manuel. *Piratas, marinos y aventureros en Cien años de soledad. De las crónicas de Indias a la novela de aventuras*. Sevilla: ArCiBel Editores. 2009. Impreso.

- Carrizo Rueda, Sofía. *Poética del relato de viajes*. Bilbao: Reichenberger. 1999. Impreso.
- Casas Rigall, Juan. "Razas humanas portentosas en las partidas remotas del mundo (de Benjamin de Tudela a Cristobal Colon)". *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo romanico*. Rafael Beltrán Editor. Valencia: Universitat de València. 2002. 253-290. Web.
- Casassas Canals, Xavier. "La Rihla de Omar Patún: el viaje de peregrinación a la Meca de un musulmán de Ávila a finales del siglo xv (1491-1495)". *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Medieval*. 2014. 221-254. Web.
- Cela, Camilo José. *Viaje a la Alcarria*. Barcelona: Destino. 2010. Impreso.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Alfaguara. 2015. Impreso.
- Chang, Shu-Ying. "Lejanía y fantasía: China en la literatura modernista hispanoamericana". *Actas XIV Congreso AIH*. 2004. 91-99. Web.
- Corbella, Dolores. "Libros de viajes medievales castellanos y contacto lingüístico". *Paisaje, juego y multilingüismo. Actas del X Simposio de Literatura General y Comparada*. 1996. 347-356. Web.
- Cortázar, Julio. *La vuelta al día en ochenta mundos*. Madrid: Siglo XXI de España Editores. 2007. Impreso.
- Domínguez, César. "Algunas notas acerca de la categoría medieval del relato de viajes: El problema de la definición y del corpus hispanomedieval". *Monographic Review / Revista Monográfica*, 12 (*Hispanic Travel Literature*). 1996. 29-45. Web.
- Polo, Marco. *Libro de las maravillas del mundo*. Madrid: Cátedra. 2008. Impreso.
- Esquerrá Nonell, Josep. "Ibn Battuta en el marco de las relaciones sinoislámicas". *La Investigación sobre Asia Pacífico en España*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2006. 423-442. Web.
- García Espada, Antonio. *Marco Polo y la Cruzada. Historia de la literatura de viajes a las Indias en el siglo xiv*. Madrid: Marcial Pons. 2009. Impreso.
- García Sánchez, Enrique. "Libros de viaje en la península ibérica durante la Edad Media: Bibliografía". *Lemir*, 14. 2010. 353-402. Web.

- Gaspar y Rimbau, Enrique. *El anacronópete. Viaje a China. Metempsícosis*. Valladolid: Trasantier. 2014. Impreso.
- Godoy, Manuel. *Memorias. Biblioteca de Autores Españoles*. Madrid: Atlas. 1956. Impreso.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier. *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*. Madrid: Akal. 2000. Impreso.
- González de Clavijo, Ruy. *Embajada a Tamorlán*. Madrid: Castalia. 1999. Impreso.
- González Grueso, Fernando Darío. "El horror en la literatura". *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*. 1. 2017. 27-50. Web.
- Gozalbes Cravioto, Enrique. *Viajes y Viajeros en el mundo Antiguo*. Universidad de Castilla la Mancha. 2003. Impreso.
- Hakluyt, Richard. *Principales viajes, expediciones, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa*. Madrid: Atlas. 1992. Impreso.
- Ibn Battuta. *A través del islam*. Madrid. Alianza. 1987. Impreso.
- Izutsu, Toshihiko. *Sufismo y taoísmo*. Madrid. Siruela. 2019. Impreso.
- Kappler, Claude. *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*. Madrid: Akal. 1986. Impreso.
- Lamarti, Rachid. "El primer viaje a China en una máquina del tiempo. Luces y sombras en *El anacronópete* de Enrique Gaspar y Rimbau". *Interface*. 8. 2019. 1-27. Web.
- . *El mundo que traducen las palabras. La metáfora en la lexicogénesis de las lenguas española y china*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona. 2016. Impreso.
- Larner, John. *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*. Barcelona: Paidós. 2001. Impreso.
- Le Goff, Jacques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa. 1986. Impreso.
- López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias*. Alicante: Biblioteca Virtual Cervantes. 1999. Web.
- Mandevilla, Juan de. *Libro de las maravillas del mundo de Juan de Mandevilla*. Zaragoza: Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. 1979. Impreso.

- Martínez Robles, David. *Entre dos imperios: Sinibaldo de Mas y la empresa colonial en China (1844-1868)*. Barcelona: Marcial Pons. 2018. Impreso.
- Martín Rodríguez, Rafael. "La literatura de viajes española sobre China y su influencia en la concepción china en España". *Sinoele*. 17. IX Congreso Internacional de la Asociación Asiática de Hispanistas. 2018. 787-798. Web.
- Mentaberry, Adolfo de. *Impresiones de un viaje a China*. Madrid. Miraguano. 2008. Impreso.
- Moreno, José Antonio. "La maravilla en *La embajada a Tamorlán*". *Encuentros en Catay*. 25. 2011. 40-51. Impreso.
- Nabokov, Vladimir. *Lolita*. Barcelona. Círculo de Lectores. 1987. Impreso.
- Ortega y Gasset, José. *El Espectador*. Madrid. Edaf. 1998. Impreso.
- Oteyza, Luis de. *El diablo blanco*. Barcelona: Compañía Iberoamericana de Publicaciones. 1929. Impreso.
- Peña, Diego y Martínez-Pinna, Javier. "Exploradores en busca del sueño americano". *Revista Vive la Historia*. 26. 2016. 80-85. Web.
- Pérez Priego, Miguel Ángel. *Viajeros y libros de viajes en la España medieval*. Madrid: UNED. 2002. Impreso.
- Pérez Ródenas, Sandra. "Las hormigas guardianas de tesoros que encontraron los viajeros de Oriente: desde Heródoto hasta el siglo xiv". *Viajeros en China y libros de viajes a Oriente (siglos xiv-xvii)*. Rafael Beltrán Editor. Valencia: Universitat de València. 2019. 297-312. Web.
- Pigafetta, Antonio. *Primer viaje alrededor del mundo*. Madrid: Historia 16. 1985. Impreso.
- Popeanga, Eugenia. "Lectura e investigación de los libros de viajes medievales". *Los libros de viajes en el mundo románico. Revista de Filología Románica*. 1991. 9-26. Web.
- Poyán Díaz, Daniel. *Enrique Gaspar: medio siglo de teatro español*. Madrid: Editorial Gredos. 1957. Impreso.
- RAE. *Diccionario de la lengua española*. 2019. Web.
- Rodríguez de Montalvo, Garci. *Amadís de Gaula*. Madrid: Cátedra. 1988. Impreso.

- Rodríguez Temperley, María Mercedes. "Relatos de viajes medievales: una historia de taxonomías literarias". *Letras*. 2008. 57-58. Web.
- Soseki, Natsume. *Yo, el Gato*. Madrid: Trotta. 1999. Impreso.
- Tafur, Pero. *Andanças y viajes de un hidalgo español*. Madrid: Miraguano. 1995. Impreso.
- Urbanski, Heather. *Plagues, apocalypses and bug-eyed monsters: how speculative fiction shows us our nightmares*. Jefferson: McFarland & Company, Inc. 2007. Impreso.
- Wood, Frances. *Did Marco Polo go to China?* New York: Perseus. 1997. Impreso.
- Yourcenar, Marguerite. *Memorias de Adriano*. Barcelona. Edhasa. 2017. Impreso.
- Zumthor, Paul y Peebles, Catherine. "The Medieval travel narrative". *New Literary History*. 25. 1994. 809-824. Web.
- 孟樊 [Meng Fan]. 旅行文學讀本 [*Literatura de viajes*]. 台北市 [Taipéi]: 揚智 [Yang Zhi]. 2004. Impreso.
- 佚名 [Anónimo]. 山海經 [*Shanghai jing*]. 台北市 [Taipéi]. 三民書局 [San Min Book]. 2009. Impreso.